

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO.

ESCUELA DE VERANO.

Trilogía de Novelas  
Hispanoamericanas

TESIS

QUE PRESENTA

ROY FRANCIS KELLY

PARA OPTAR AL GRADO  
DE  
MAESTRO EN ARTES EN ESPAÑOL

MEXICO, D. F.  
AGOSTO 1955.

BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR  
CENTRO DE ENSEÑANZA  
PARA EXTRANJEROS



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO.

ESCUELA DE VERANO.



ESCUELA

# Trilogía de Novelas Hispanoamericanas



TESIS

BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR  
CENTRO DE ENSEÑANZA  
PARA EXTRANJEROS

QUE PRESENTA

ROY FRANCIS KELLY

PARA OPTAR AL GRADO  
DE  
MAESTRO EN ARTES EN ESPAÑOL

MEXICO, D. F.  
AGOSTO 1955.

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**

XN55

K4

ej:2

---



7108074

**00304**

Con sincero agradecimiento a mi consejera la Srita. MARIA DEL CARMEN VILLAN —ilustre maestra y brillante intelectualidad— cuya valiosa ayuda y colaboración fué indispensable para la elaboración de esta tesis.

“En el siglo XIX, los novelistas hispanoamericanos, describieron las luchas intestinas de las jóvenes repúblicas, la formación de la sociedad estratificada, el crecimiento de las grandes ciudades, y la tragedia de existencias individuales hundidas en la vida de pobreza y degradación del hampa.

En el siglo XX, han observado algunos de estos fenómenos, pero en general, han escrito con percepción más amplia, del hombre en lucha con la naturaleza, primitiva, o almas sencillas empeñadas en una revolución que no pueden comprender.”

Torres Rioseco.  
(La Novela Hispanoamericana)  
Pág. 206.

## "TRILOGIA DE NOVELAS HISPANOAMERICANAS"

### INTRODUCCION

La conquista del Nuevo Mundo significa la estructuración de los pueblos que hoy forman las diversas naciones americanas; pero esta formación fué el resultado de una lucha titánica, secular. Toda lucha implica la oposición de intereses, el desarrollo de un combate para la obtención de algún bien, que ha de ganarse con el desarrollo de una fuerza o de una energía, que en algunos casos son más bien pasivos o defensivos. La vida del hombre ha sido, es y será siempre, una lucha, que busca superación, su perfeccionamiento, su desarrollo en todos los órdenes de la vida humana.

En las luchas que han ido plasmando la personalidad de los pueblos americanos, podemos distinguir las diversas etapas y los diversos factores que en ella han intervenido. Existe el factor étnico, la concepción que los indígenas tenían de la vida, sus instituciones, sus costumbres, su civilización rudimentaria. Ante este mundo primitivo se enfrentaban los paladines de la civilización cristiana de Occidente, que tenían que vencer los innumerables obstáculos que en el orden moral y religioso presentaban las tribus aborígenes, para la implantación de la religión austera y noble.

En segundo lugar, la naturaleza feraz y salvaje, con sus inexplorables bosques, con sus caudalosos ríos, con sus feroces animales, con sus mortíferos insectos era un peligro, una amenaza constante, un enemigo terrible, para los conquistadores que se internaban en aquellos intrincados laberintos en la conquista del suelo fértil de América.

Finalmente la convivencia de conquistados y conquistadores vino a crear inevitablemente un nuevo conflicto, con características muy peculiares, el conflicto que hoy denominamos so-

cial, la lucha entre los de arriba y los de abajo.

Estos tres factores de esa lucha grandiosa y secular en la civilización y desarrollo de los pueblos Hispano-americanos, son los que vamos a estudiar en las tres novelas que hemos escogido como argumento de nuestra tesis.

En *Doña Bárbara* encontramos la lucha entre la barbarie y la civilización; en *la Vorágine* la lucha contra la naturaleza salvaje y en *Los de Abajo* los conflictos sociales originados por las injusticias y la codicia de los ricos que explotan y esclavizan la incultura, la debilidad y la misma miseria de los humildes.

Esta lucha, como hemos dicho, tuvo muchos y variados aspectos, muchos de los cuales no han sido captados por la historia.

Por eso es que las novelas que hemos escogido resultan tan interesantes pues actualizan y vivifican esta lucha. Este vehículo literario se presta más que los otros para la expresión de estos conflictos. Eduardo, el de *Los Monederos Falsos*, de Gide, califica la novela, "El más libre y el más anárquico de los géneros literarios" . . .

Muchos son los críticos que han lamentado la falta de una poesía épica en el panorama literario del Nuevo Mundo.

Los poetas hispanoamericanos, viendo este gran vacío en su literatura, han ambicionado ser los Homeros o los Virgilio de la tierra descubierta por Colón.

De allí, han nacido obras tales como la *Rusticatio Mexicana*, de Rafael Landívar, *La Victoria de Junín* de José Joaquín Olmedo, y *La Araucana* de Alfonso de Ercilla y Zúñiga.

Pero el crítico que se encara francamente con la realidad, se ve obligado a reconocer, que estos encumbrados anhelos no dan la medida de las aspiraciones y pretensiones de los repetidos autores.

Hispanoamérica, sí carece de una poesía épica adecuada . . . sin embargo, Hispanoamérica no carece de obras que inmortalicen la monumental lucha, el conflicto heroico que fué la conquista; no carece de obras que muestren los esfuerzos titánicos de un cortés, de un Cuauhtémoc, de un Huaina Capac, de un Bolívar o de un San Martín. No carece de obras que describan el mejestuoso e imponente escenario donde se verifi-

caron las hazañas y proezas, de estos esclarecidos varones, que son los paladines del conflicto entre la raza india y la raza blanca.

La grandeza del paisaje, la soledad de la llanura, la hipnótica atracción de la selva, la inmensidad de la pampa, la belleza de los bosques, el misterioso silencio de los pantanos, la quietud de los caños y de los ríos y la lucha del hombre contra las irresistibles fuerzas de una naturaleza inmutable e implacable. . . Han sido magistralmente interpretadas por los genios de la literatura de la América Latina. Todo se halla descrito a las mil maravillas en tres novelas: *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos, venezolano; *La Vorágine* de José Eustacio Rivera, colombiano; y *Los de Abajo* de Mariano Azuela, mexicano.

## DOÑA BARBARA

Los críticos hablando de *Doña Bárbara*, la obra maestra del expresidente venezolano, Rómulo Gallegos, no escatiman elogios y no hallan suficientes superlativos. Así, Ricardo Baeza dice:

Por sus líneas generales podía clasificarse como una novela realista; pero concurren en ella bastantes más elementos de los que suelen encontrarse en las novelas del género realista.

Realmente, lo que más sorprende en esta obra y lo que acaso constituya su principal virtud, al menos desde un punto de vista técnico, es la riqueza de sus componentes y la perfecta fusión y armonía del conjunto. Así, *Doña Bárbara* es a la vez novela realista y novela poética, novela descriptiva, novela de acción y novela de caracteres. En este sentido es una maravilla de técnica, una verdadera proeza de arquitectura y de equilibrio interior.

La importancia del paisaje, del medio, que es en último término el genuino protagonista, no perjudica, sin embargo ni resta la menor importancia a los personajes del drama, que interesan tanto por lo que son como por lo que hacen: y sin duda no es uno de los méritos menores, el fino modelado psicológico... con que aparecen tratados los personajes principales: Santos Luzardo, Marisela, y *Doña Bárbara*, y aun toda la comarcaría, magistralmente caracterizada, que en torno a ellos se mueve y vive. (1)

Luis Alberto Sánchez opina que: "A Gallegos le corresponde un lugar prominente en la novelística nueva de América" (2) y según el juicio de Enrique Anderson Imbert:

"*Doña Bárbara*" (1929) lo reveló como uno de los pocos novelistas de nuestros tiempos que satisfacen las demandas de un público internacional. (3)

---

(1) Baeza, R., citado en Torres Rioseco, *Novelistas Contemporáneos de América*, p. 233.

(2) Sánchez, Luis Alberto, *Nueva Historia de la Literatura Americana*, p. 422.

(3) Anderson Imbert, Enrique, *Books Abroad*, "Spanish American Literature" p. 348, Vol. 27, No. 4; Autumn 1953.

Efectivamente la publicación de "*Doña Bárbara*" no solo dió una obra maestra a la literatura castellana y ganó realce para el nombre de Rómulo Gallegos, sino que también firmó una fecha histórica. La Colección Austral en la solapa de su volumen 108 dice:

En todas las capitales del mundo de habla española —en Madrid como en Buenos Aires, en La Habana igual que en México— registróse como un suceso impar, la aparición de un libro que libertara la inspiración americana de toda actitud servil frente a las literaturas Europeas. (4)

En efecto, la novela "*Doña Bárbara*" es una obra de magnitud trascendental. No sólo es el relato de la lucha entre los Luzardo y los Barquero; entre Santos Luzardo y Doña Bárbara, entre Mister Dánger y Santos, entre Asdrúbal y "El Sapo", entre Lorenzo Barquero y Doña Bárbara; es además y sobre todo esto, la crónica del conflicto tremendo suscitado por el encuentro de la civilización con las fuerzas degeneradoras de la naturaleza del hombre, debatiéndose en un ambiente devorador.

Todos los críticos están de acuerdo en la existencia de esta lucha en "*Doña Bárbara*" y todos ven en los varios personajes (sin que dejen de ser personajes distintivos) símbolos del conflicto al que se vió librado el hombre en su conquista del nuevo continente. Así, John E. Englekirk hablando de la génesis de "*Doña Bárbara*" en la mente de su autor afirma:

Gallegos abandonó el tema por uno que siempre le había llamado la atención desde que escribió 'Los Aventureros,' un cuarto de siglo antes, en el que había representado el barbarismo de la civilización como 'las dos fuerzas contrarias que mueven el cuerpo social venezolano.' Allí en 'La Calandria' y en San Fernando oyó por primera vez la ya casi clásica historia de la hombruna mística que parecía simbolizar las fuerzas retrogradarias del barbarismo. (5)

(4) Gallegos, Rómulo, *Doña Bárbara*. Colección Austral.

(5) Englekirk, John E., "Doña Bárbara Legend of the Llano," *Hispania*, p. 260, Vol. XXXI, No. 3, August 1948.

Carolyn Shotwell expresa la misma opinión en una forma quizá algo simplificada:

En breve, la novela nos presenta la lucha gigantesca entre la civilización y la barbarie, o la cultura y el refinamiento contra la ignorancia y la violencia. Santos Luzardo es símbolo de la civilización y Doña Bárbara la barbarie." (6)

Jorge Manach va un poco más allá al señalar las raíces de los conflictos que los personajes representan. Dice:

Y en este escenario primitivo, donde toda figura y suceso se ponen a escala con el marco descomunal, Rómulo Gallegos ha situado un conflicto de caracteres, de ritmos vitales, de conceptos sociológicos y jurídicos—la lucha del propietario del derecho contra el amo de hecho, del civilizador contra el cacique de rebenque y pistola, de la ley y la moral contra la rapiña y el instinto. O si se quiere, de la ley de la ciudad contra la ley del llano. Estos términos antagónicos están representados —y con qué pasión!— por los dos personajes centrales: Santos Luzardo, joven abogado, heredero de la antigua y rica hacienda de Altamira y Doña Bárbara, una mujerona trágica, ladrona de reses y tierras, vampiresa de voluntades, embrujadora y sensual. (7)

En efecto, tomemos a Santos Luzardo y considere el lector las numerosas luchas internas y externas que lo confrontan. La primera es la difícil decisión entre la vida cómoda de la ciudad o la trabajosa e inquieta de dueño y responsable de la hacienda de Altamira. Una vez que opta por la segunda alternativa se multiplican los conflictos en los que tendrá que luchar sin tregua. Hay la lucha contra la implacable naturaleza: las lluvias torrenciales, las heladas, las plagas, el crecimiento destructor de la selva. Esta lucha requiere un esfuerzo hercúleo y constante que es el único que a primera vista se presenta a los ojos de Santos. Como es joven, idealista y emprendedor

(6) Shotwell, Carolyn B., *Rómulo Gallegos Novelista Venezolano*, p. 38.

(7) Manach, Jorge, *Repertorio Americano*, "Una gran Novela Americana," 1929.

no queda amedrentado ante la magnitud de la tarea, y comienza la lucha afanosamente.

Pero en seguida se multiplican los problemas. Queda malquistado con el "Brujeador," que desde entonces queda convertido en su acérrimo enemigo. Más difícil es la lucha contra doña Bárbara pues aquí ya no es un conflicto físico sino más bien un conflicto moral o psíquico. Ella representa el mal, la sensualidad, la completa aniquilación de la voluntad para el bien frente a la selección de un camino perverso. Como prueba de ello vemos los despojos de sus conquistas anteriores —víctimas que parecen esqueletos a lo largo de la vía desértica de la vida. Está Lorenzo Barquero que en sus esfuerzos desesperados por librarse de la mujer dominadora sólo se enfanga más en el vicio dándose a la bebida hasta que sólo queda de él su nombre y una sombra de lo que fuera un hombre:

Tampoco Lorenzo se ocupó de la hija, súcubo de la mujer insaciable y víctima del brebaje afrodisíaco que le hacía ingerir mezclándolo con las comidas y bebidas, y no fue necesario que transcurriera mucho tiempo para que de gallarda juventud de aquel que parecía destinado a un porvenir brillante, sólo quedara un organismo devorado por los vicios más ruines, una voluntad abolida, un espíritu en regresión bestial. (8)

También está Balbino Paiba su mayordomo que queda reducido a títere que ella maneja a voluntad. Está la desdichada Marisela, su propia hija, que se halla en la miseria, la inmundicia y la ignorancia porque su madre rehusa reconocerla como cosa propia. A tal grado llega su dominio avasallador que toda la peonada y los campesinos la ven con sentimientos de terror mezclados con reverencia. Aquí entra el sentimiento de superstición y brujería que ella emplea para subyugar más a los que la rodean. Es contra tan temible adversario que Santos se tiene que enfrentar. El conflicto es interior, pues Doña Bárbara es físicamente atractiva y deseable, y sabe emplear sus encantos femeninos para ir avasallando a los hombres a su voluntad arrasadora poco a poco.

(8) Gallegos, Rémulo, *Doña Bárbara*, p. 34.

Santos sin embargo, sabe imponerse a sus propias veleidades. Su razón y un recto criterio moral gobiernan a sus sentimientos. Obra él según dichas normas saliendo en esta forma victorioso en la lucha que lo hubiera conducido a la degradación.

Míster Dánger representa la astucia y la inteligencia usados para su propio bien con daño del prójimo y Santos Luzardo sale triunfador pues representa el bien y lo bueno respaldado por la inteligencia y por la energía.

Quizás la lucha más bella es la lucha de Santos contra la ignorancia, la miseria y el abandono, tipificados por Marisela. Es una lucha bella porque el lector es espectador de la gradual transformación que en ella obra Santos, gracias a su constancia y a su devoción, pero principalmente, gracias a su cariño. En esta lucha se ve plasmado en forma palpable y casi sublime el progreso de la civilización sobre las fuerzas degeneradoras de la bestialidad.

La lucha contra Ño Pernalte que representa la corrompida autoridad civil también la gana Santos por su rectitud moral. Su victoria aquí es equivalente al establecimiento efectivo de la ley sobre la fuerza y por consiguiente significa el progreso de la civilización sobre la barbarie. Con esta victoria se va viendo el triunfo gradual de todo lo que Santos Luzardo representa.

Con Balbino Paiba el conflicto es el de dos caracteres fuertes y llega casi a una lucha física. Solo aquí es donde el carácter de Santos cede a la exigencia de las fuerzas brutas del hombre semi-salvaje y acude a la violencia para reparar las injusticias. Esta derrota le cuesta después muchos remordimientos de conciencia y solo recobra su tranquilidad cuando llega a saber que fue la bala de "Pajarote" que dió muerte a su contrincante. El desenlace victorioso para Santos es sencillamente el triunfo de un hombre de cualidades superiores sobre otro mezquino y escasamente dotado, que además está cegado por la pasión y sus propios intereses. La lucha contra Melquiades Gamarra "El Brujeador," es de la misma índole pero su desenlace en el duelo en que intervienen Santos y Pajarote es enteramente físico y significa la derrota del bando de Doña Bárbara por las fuerzas Altamireñas.

Cada una de esas luchas va siendo un irrevocable paso hacia el futuro y por la mortal quietud en la que se debaten los partidos nos recuerda la inolvidable descripción del propio autor en su novela cuando el irresistible tremendal devora su presa:

Rígidos los remos temblorosos, hundidas las pezuñas en la blanda tierra de la ribera, contraído el cuello por el esfuerzo desesperado, blancos de terror los ojos, el animal cautivo agotaba su rigor contra la formidable contracción de los anillos de la serpiente y se baña en sudor mortal. . . .

Por fin la culebra comenzó a distenderse sacando el robusto cuerpo fuera del agua y la novilla empezó a retroceder batallando por desprendérsela del belfo; pero luego aquélla volvió a contraerse lentamente, y la víctima, ya extenuada, cedió y se dejó arrastrar y empezó a hundirse en el tremendal lanzando horribles bramidos y desapareció dentro del agua pútrida, que se serró sobre ella con un chasquido de lengua golosa. (9)

Vale la pena recalcar que cada una de estas luchas es simbólica pero a pesar del simbolismo los personajes no son unos cascarones vacíos sino que poseen todas las "nuances", todas las líneas, todas las pasiones y todos los defectos y vicios de una persona de carne y hueso. Aunque se halla cierto fatalismo que irremisiblemente arrastra a los personajes, es tan inevitable el desenlace total como la muerte trágica de la novilla en el tremendal. Resalta como proeza del autor el haber hecho que sus creaciones hayan pasado de meros símbolos a verdaderas personas, que aman odian viven y mueren. Es por esto que José de J. Núñez y Domínguez exclama:

Y cuando Rómulo Gallegos le ofrendó la dádiva suprema de "Doña Bárbara" como en el poema de Darío, "un hondo temblor pasó por las vértebras enormes de los Andes. "Doña Bárbara" es culminación del arte de Gallegos, porque allí el tipo huma-

---

(9) *Ibid.* p. 34.

no de América quedó delineado con perfiles perpetuos y el paisaje se ensancha hacia lo ecuménico.

No osaremos aquí hacer la exégesis de ese libro admirable que será uno de los que queden como hitos literarios de una era. Es un signo americano puesto en el mismo corazón del siglo; documento de primordial prestancia en la ejecutoria de un altísimo intelecto y timbre de gloriosa preza en los anales de las letras continentales. (10)

Como consecuencia de la lucha en cada personaje se obran cambios y se pueden trazar las trayectorias que recorren al desfilarse por las páginas del libro.

Santos Luzardo se revela como un hombre de temple, capaz de enfrentarse con cualquier situación o de resolver los problemas más espinosos. Emerge triunfador de la lucha interna que lo hubiera conducido al mismo abismo en que Lorenzo Barquero se había desplomado y a consecuencia de esta lucha adquiere serenidad, confianza y la seguridad de que va por el camino recto.

"Doña Bárbara", víctima de la sensualidad de los bongueros, perdió algo más que su virginidad:

El amor de Asdrúbal fué un vuelo breve, un aletazo apenas, a los destellos del primer sentimiento puro que se albergó en su corazón, brutalmente apagado para siempre por la violencia de los hombres cazadores del placer. (11)

Ahora ya es incapaz de un solo sentimiento puro o generoso:

Ya sólo rencores podía abrigar su pecho y nada la complacía tanto como el espectro del varón debatiéndose entre las garras de las fuerzas destructoras. (12)

En esta forma, de una joven inocente y pura, pasó a ser

---

(10) José De J. Núñez y Domínguez, *La Novela Contemporánea de Hispanoamérica y Rómulo Gallegos*, pgs. 6-7-8.

(11) Gallegos, R. *Opus Cit.* p. 31.

(12) *Ibid.*, p. 32.

una mujer depravada como la pinta el autor:

Tal era la famosa Doña Bárbara: lujuria y superstición, codicia y crueldad, y allá en el fondo del alma sombría una pequeña cosa pura y dolorosa: el recuerdo de Asdrúbal, el amor frustrado que no pudo hacerla buena. Pero aun esto mismo adquiría los terribles caracteres de un culto bárbaro que exigiera sacrificios humanos: el recuerdo de Asdrúbal la asaltaba siempre que se tropezaba en su camino con un hombre en que valiera la pena hacer presa. (13)

Pero Doña Bárbara a pesar de ser la mujer codiciable representa al marimacho, a la mujer hombruna que precisamente porque perdió el amor de Asdrúbal y desconfió de todo hombre pretende bastarse a sí misma. Ella maneja sus negocios, monta a caballo, no a mujeriegas, sino como los hombres; toma parte en los rodeos y puede colear, lazar y herrar a cualquier bestia como lo haría el mejor vaquero del hato de la Barquareña. Es precisamente lo que Santos le echa en cara cuando ella lo elogia por su hombría. El insulto equivalía a decirle que carecía de feminidad. Tal insulto no carecía de base porque hasta el instinto maternal había quedado extinguido en ella y por eso nunca se preocupó por su propia hija:

Inhibida de sensualidad por la pasión de la codicia y atrofiadas hasta las últimas fibras femeniles de su ser por los hábitos del marimacho —que dirigía personalmente las peonadas, manejaba el lazo y derribaba un toro en plena sabana como el más hábil de sus vaqueros y no se quitaba de la cintura la lanza y el revólver, ni los cargaba encima sólo para intimidar—, si alguna razón de pura conveniencia —la necesidad de un mayordomo incondicional, en un momento dado, o, como en el caso de Balbino Paiba, de un instrumento suyo en el campo enemigo— movía a prodigar caricias, más era hombruno tomar que femenino entregarse. (14)

Sin embargo, apenas llega el varón recto y valeroso más

(13) *Ibid.* p. 38-39.

(14) *Ibid.* p. 38.

fuerte que ella y a quien los dardos de Cupido no herían porque sus ojos veían más bien su fealdad, entonces comienza a obrar se el cambio en la "Devoradora de hombres". Al principio son puras artimañas para rendir al que se resiste a sus encantos.

Brillantes los ojos turbadores de hembra sensual, recogidos, como para besar, sus carnosos labios con un enigmático pliegue en las comisuras, la tez cálida, endrino y lacio el cabello abundante. Llevaba un pañuelo azul de seda anudado al cuello con las puntas sobre el escote de la blusa; usaba una falda amazona, y hasta el sombrero "pelodeguama" típico del llanero, única prenda masculina en su atavío, llevábalo con cierta gracia femenil. Finalmente, montaba a mujeriegas, cosa que no acostumbraba en el trabajo, y todo esto hacía olvidar a la famosa marimacho.

No podía escapársele a Santos que la femineidad que ahora ostentaba tenía por objeto producirle una impresión agradable; mas, por muy prevenido que estuviese, no pudo menos de admirarla. (15)

pero cuando Santos sigue con los ojos cerrados y el corazón sordo a sus palabras ella se da cuenta de que nada influye en él. Entonces tiene el recurso de sus brujerías y manda tomar la "medida" de Santos. Esto da pie al encuentro entre madre e hija: encuentro de dramatismo. Cuando esta artimaña tampoco surte efecto entonces ella invoca a los espíritus, y en particular al "socio," con quien habla y que le aconseja que entregue sus obras. Entonces es cuando una verdadera transformación se empieza a obrar en ella. Deja los proceder torcidos, comienza a portarse humanamente y al final de la novela se le ve obrando rectamente. El momento decisivo es precisamente cuando, se podría decir, que por su generosidad da de nuevo vida a Marisela:

Doña Bárbara avanzó hasta el alcance de un tiro de revólver. Detuvo el caballo. Despacio y con fruición asesina, sacó el arma de la cañonera de la montura y apuntó al pecho de la hija

---

(15) Ibid. p. 147.

que hacía blanco a la luz del la lámpara.

De pura luz de estrellas era la chispa que brillaba en la mira, entre la tiniebla alevosa, ayudando al ojo torvo a buscar el corazón de Marisela; más como si en aquel diminuto destello gravitara todo el peso del astro de donde irradiaba, el arma bajó sin haber disparado y lentamente volvió a la cañonera de la montura. Puesto en el ojo en la mira que apuntaba al corazón de la muchacha embelesada, doña Bárbara se había visto de pronto a sí misma, bañada en el resplandor de una hoguera que ardía en una playa desierta y salvaje, pendiente de las palabras de Asdrúbal, y el doloroso recuerdo le amansó la fiera.

Se quedó contemplando, largo rato, la hija feliz, y aquella ansia de formas nuevas que tanto la había atormentado tomó cuerpo en una emoción maternal desconocida para su corazón.

—Es tuyo. Que te haga feliz.

Por fin el amor de Asdrúbal, pura sombra errante a través del alma tenebrosa, se reposaba en un sentimiento noble! (16)

El desenlace sigue inmediatamente. Rómulo Gallegos ofrece dos alternativas: 1) La hija de los Ríos se arrojó al tremedal poniendo fin a su trágica vida con un fin no menos trágico. 2) Huyó del lugar en un bongo río abajo buscando nueva vida.

Sin duda la primer alternativa es la más romántica de las dos pero psicológicamente hablando no parece verosímil. Acababa ella de hallar un verdadero sentido en su vida, acababa de reconocer a Marisela como su hija, acababa de hacer su primer acto de abnegación: sería entonces ilógico que se suicidara estando ya en el camino del bien.

Más en conformidad con la transformación obrada en ella está la segunda alternativa. Es lógico que queriendo hacer vida nueva haya buscado un lugar donde no fuera conocida y que como el Buscón haya pensado que esto le ayudaría a enmendar su vida:

—determiné, consultándolo primero con la Grajales, de pasarme a India con ella a ver si mundando mundo y tierra mejoraría

---

(16) *Ibid.*, p. 296.

mi suerte. (17)

El detalle del oro desaparecido viene a hacer esta alternativa todavía más creíble y finalmente cuando Míster Dánger se resuelve a irse manda decirle a Santos:

Cogió su rifle, se lo terció a la espalda, montó a caballo y, de paso, les gritó a los peones que trabajaban en la cerca:

—No gasten tanto alambre en cercar los lambederitos. Díganle al doctor Luzardo que míster Dánger se va también. (18)

Las últimas palabras parecen implicar que a su parecer Doña Bárbara se había fugado y no suicidado. La opinión de míster Dánger merece consideración pues conocía muy bien a "la guaricha," y nunca había caído bajo el encanto de sus hechizos. Sin embargo, como la patrona del "Miedo" desapareció sin saberse a ciencia cierta lo que le sucedió, dejó entre los campesinos supersticiosos la candente cuestión de su destino y llegó a convertirse en una leyenda que precisamente ha hecho el tema y la novela de Rómulo Gallegos más poéticos.

Habiendo visto un poco sobre el tema de la lucha en "*Doña Bárbara*" sería indicado estudiar ahora un poco sobre cómo su autor, Rómulo Gallegos, llegó a escoger este tema para su obra maestra. Sobre este punto John E. Englekirk, es la autoridad máxima. Con el propósito de hacer un estudio más serio de esta novela hizo un viaje a Venezuela en 1947 becado por el Carnegie Foundation Research Program.

En 1927, Rómulo Gallegos acababa de escribir "*La Trepadora*" (1925) y trabajaba sobre un tema nuevo basado en el llanero. Con el objeto de documentarse hizo un viaje a San Fernando hacienda de "*La Calandria*." Allí por primera vez oyó la ya casi clásica leyenda de la "hombruna" que representaría las fuerzas devastadoras de la retrogresión y de la barbarie. En seguida se formó la idea de Santos Luzardo, un tipo culto que iría al campo y que representaría las fuerzas civilizadoras en lucha por el progreso.

(17) Quevedo, Francisco, *Historia de la Vida del Buscón*, p. 152.

(18) Gallegos, Rómulo, *Opus Cit.*, p. 299.

Tanto le llamó la atención este tema que durante una semana trabajó con intensidad febril para acumular material. Hizo acopio de las coplas que después usaría; presenció el rodeo, la recolecta, la doma y escuchó cuentos de las proezas del llanero y de sus ideas supersticiosas.

Con todo el material ante él empezó a escribir y en poco menos de un mes ya tenía las primeras pruebas de "La Coronela". A pesar de que había escrito bajo un inspirado entusiasmo el resultado no fué de su agrado, y dejó su novela sin terminar. En 1929 después de una interrupción, seguida de tres meses de arduo trabajo en Italia, donde acompañado de su esposa convalesciente, Don Rómulo Gallegos por fin estaba listo para que su novela fuera publicada ahora con el nombre de "Doña Bárbara." De este modo la ahora famosa trilogía de novelas de la tierra quedaba completa. La obra se imprimió por la editorial Araluce en Barcelona. Un año después en 1930, tuvo su segunda edición pero con numerosas correcciones y cambios en forma. Tal es la trayectoria de la génesis de "Doña Bárbara."

Habiendo reconstruido el nacimiento de esta obra está listo el lector para hacer un pequeño análisis de la obra en su totalidad. La primera consideración que nos debe ocupar es el escenario donde se desarrolla la novela y el ambiente que circunda a los personajes y que presencia con cósmica imperturbabilidad sus luchas, gigantescas por su intensidad, pueriles por su insignificancia.

La novela comienza con una soberbia descripción del mediodía llanero sobre el Arauca:

Un sol cegante, de mediodía llanero, centeliea en las aguas amarillentas del Arauca y sobre los árboles que pueblan sus márgenes. Por entre las ventanas, que, a espacios, rompen la continuidad de la veetación, divisanse, a la derecha, las calçetas del cajón del Apure —pequeñas sabanas rodeadas de chaparrales y palmares—, y, a la izquierda, los bancos del vasto cajón del Arauca —praderas tendidas hasta el horizonte—, sobre la verdura de cuyos pastos apenas negrea una que otra mancha errante de ganado. En el profundo silencio resuenan, monótonos exasperantes ya, los pasos de los

palanqueros por la cubierta del bongo. A ratos, el patrón embo- ca un caracol y le arranca un sonido bronco y quejumbroso que va a morir en el fondo de las mudas soledades circundantes, y entonces se alza dentro del monte ribereño la desapacible alga- raba de las chenchonas o se escucha, tras los recodos, el rumor de las precipitadas zambullidas de los caimanes que dormitan al sol de las desiertas playas, dueños terribles del ancho, mudo y solitario río.

Se acentúa el bochorno del mediodía, perturba los sentidos el olor a fango que exhalan las aguas calientes, cortadas por el bongo. Ya los palanqueros no cantan ni entonan coplas. Gravita sobre el espíritu la abrumadora impresión de desierto. (19)

No menos magistral es la descripción de las Candelas: Ya se había escuchado, allá en el fondo de las mudas soledades, el trueno que anuncia la aproximación del invierno ya estaban pasando hacia el occidente los rumazones de nubes que van a condensarse sobre la cordillera, donde comienzan las lluvias que luego descienden a la llanura, y ya estaba el fusilazo del relámpago al ras del horizonte en las primeras horas de la noche. El verano empezaba a despedirse con el canto de las chicharras entre los chaparrales resecos, amarilleaban los pastos hasta perderse de vista y bajo el sol ardoroso se rajaban como fauces sedientas las terroneras de los esteros. La atmósfera, saturada del humo de las quemas que comenzaban a propagarse por las sabanas, se inmovilizaba en calmas sofocantes durante días enteros, y sólo a ratos, como anhelosos resuellos de fiebre, soplaban breves ráfagas ardientes.

Aquella tarde había llegado a su apogeo la modorra de la canícula. La reverberación solar poblaba de espejismos la sabana y en la abrumadora quietud del desierto sólo se movía la vibración del aire enrarecido, cuando, de pronto, y a tiempo que los pastos se abatieron al sople de una racha huracanada, empezó a suceder algo extraño; bandadas de aves palustres que volaban hacia el sotavento lanzando graznidos de pánico, numerosas yeguas, reses sueltas o en madrinas que corrían en la misma dirección, unas, rumbo a los corrales del hato, otras hacia el horizonte abierto, en precipitada fuga. (20)

---

(19) *Ibid.* p. 10.

(20) *Ibid.* p. 171-2.

También los esteros en el tiempo de lluvia forman un imponente paisaje bajo el influjo de su pluma vivificadora:

Llueve, llueve, llueve! Y se desbordan los caños y se inundan los esteros y empiezan a caer los hombres fulminados por la "calentura", tiritando de frío, castañeteando los dientes, y se ponen pálidos y se van volviendo verdes, y empiezan a nacerle cruces al cementerio de Altamira, que es apenas un pequeño rectángulo cercado de alambre de púas, en medio de la sabana, porque al llanero, hasta después de muerto, le basta con estar en medio de su sabana.

Pero, al fin, comienza a cabecear los ríos y a escurrirse los rebalses ribereños, y los caimanes empiezan a abandonar los caños, hacia el Arauca, hacia el Orinoco los que de allá vinieron a hartarse con reses altamireñas, y se van alejando las fiebres, y otra vez el cuatro y las maracas, el corrido y el pasaje, el alma recia y risueña cantando en coplas sus amores, sus trabajos y sus bellaquerías. (21)

En este imponente medio ambiente que vemos al "llanero que es llanero hasta la quinta generación" vivir su vida en continua lucha para vencer o morir. Algo más épico es difícil imaginar.

Después de haber visto el escenario, un estudio de la trama en esta novela revelará al lector que Rómulo Gallegos maneja la narración con no menos maestría que la descripción. El siguiente es brevemente el asunto de la novela.

En la parte más desierta y bravía del Arauca se hallaba el hato de Altamira, fundado en tiempos pasados por don Evaristo Luzardo. Este hato llegó a ser una de las fincas más prósperas e importantes de toda la región.

El último propietario del primitivo Altamira fué el abuelo de Santos Luzardo, héroe de la novela. A la muerte de don Evaristo, José y Panchita sus hijos, optaron por la partición de su patrimonio y al antiguo fundo sucedieron dos. A causa de una frase ambigua en el testamento entre hermano y hermana, surgió una discordia que maduró en guerra. Casi todos los hombres de una y otra familia fueron cayendo en desafíos y lances

---

(21) *Ibid.*, p. 207.

personales. Al fin, el único varón con vida de la familia Luzardo, fué Santos, un jovencito de catorce años. De los Barquero, la otra familia, solamente Lorenzo Barquero, primo hermano de Santos, quedó con vida.

Cuando murió el papá de Santos, su madre, doña Asunción abandonó el llano, que tanta memoria trágica encerraba y evocaba y se llevó a Santos a Caracas. Añorando el llano y padeciendo de la estrechez urbana. Santos fué educado para abogado y permaneció tanto tiempo en la ciudad que pareció haber perdido todos sus instintos de llanero.

A la muerte de su madre que no había querido vender Altamira, Santos regresó al escenario de su juventud, donde se cercioró que varios mayordomos sin escrúpulos habían reducido su hacienda a un estado deplorable de miseria y abandono. Balbino Paiba, que entonces era el mayordomo, había llegado a tal descaro que no solo descuidaba su trabajo, sino que estaba ayudando a su vecina Doña Bárbara a robar la hacienda Altamireña: tierras y ganado. Ya habían pasado a manos de esta "devoradora de hombres" la hacienda de Lorenzo Barquero y leguas sobre leguas de tierras de Santos Luzardo. Ella había logrado esto mediante litigios fraudulentos y ayudada por la conspiración de jueces corrompidos.

Toda esta perfidia fué para Santos un reto, que sumado al tropel de recuerdos de su niñez lo decidieron a quedarse en Altamira. Se deshizo del taimado Balbino Paiba y con la ayuda de Antonio, un fiel peón de confianza se dedicó a la tarea de reconstruir su patrimonio.

Es aquí donde se cruzan su voluntad y sus intereses con los de Doña Bárbara. Fué ella, una niña criada en un bongo, hija hermosa de un aventurero blanco y de una india. Pasó su niñez recorriendo los grandes caños y ríos que las enormes selvas orinoqueñas forman y circundan. Por toda compañía tenía a contrabandistas y a bandidos. A los quince años, una mestiza preciosa ya hecha mujer, el capitán del bongo hizo planes para venderla a un sirio sádico y leproso. De tal suerte la quiso salvar un joven honrado, gallardo y apuesto llamado Asdrúbal. El se había unido a la pandilla poco antes y surgió entre él y Barbarita un amor de esos idealistas y embriagantes de

la juventud impetuosa. Pero el joven fue asesinado y Bárbara brutalmente violada por los tripulantes del bongo.

La novela recoge aquí el hilo de la narración, con doña Bárbara ya dueña y señora de un extenso hato en las llanuras al norte del Orinoco. Su hacienda se formaba de tierras robadas y sus trabajadores eran hombres sin otra ley que la violencia y la traición como "El Tigre", La Onza y el León." La bella mestiza de antaño es ahora una mujerona bella y rica que a fuerza de voluntad y astucia domina no solo su hato sino toda la comarca. "Un ceño duro y tenaz le surcaba la frente, un fuego maligno le brillaba en los ojos." Un propósito hecho manía inspira y guía todos sus actos: quería vengar la muerte de Asdrúbal, destruyendo cuantos hombres el destino ponía en su camino.

Apenas llega Santos a Altamira comienza el conflicto. Su primer cuidado es dedicarse a la reconstrucción de su hacienda. Despide al mayordomo infiel, se conquista la confianza y el afecto de su propia gente y va a visitar a Lorenzo Barquero con el objeto de poner fin a la guerra entre las dos familias.

Halla a su primo reducido por la sensualidad y el alcohol a un estado de bestialidad y estupor. Es uno de las primeras víctimas de la "Devoradora de hombres." Con él vive Marisela su hija tímida como una gacela pero bella y huraña, harapienta y sin la educación más elemental. Santos logra que Lorenzo olvide el viejo pleito de familia pero lo que es más gana la confianza y simpatía de Marisela. Empieza su educación y la transformación que se empieza a obrar en ella termina con el surgimiento de un amor mutuo. Pero entre tanto las dificultades lo asedian: Doña Bárbara se le opone y los jueces sobornados por ella fallan en contra de él. Mister Danger poniéndose al margen de la ley se burla de él y a tal grado llegan las cosas que asesinan a uno de sus peones que llevaba una carga valiosa de pluma de garza.

Doña Bárbara, entre tanto esperaba vencerle por medio de su belleza pero fracasan todas sus artimañas porque Santos está absorto en su tarea de civilizar a Marisela cuya belleza de alma ve a través de su cara sucia. Cuando Doña Bárbara cae en cuenta de la bondad de Luzardo, su deseo de conquistarlo

para arruinarlo queda convertido en una pasión ciega y también en ella se empieza a obrar una transformación. Sin embargo es demasiado tarde y comprende por fin que Santos y Marisela, esa hija quien ella negaba ser suya, se había enamorado y hacían planes para casarse.

Hecha un energúmeno por el odio, toma el camino hacia Altamira con el propósito de matar a Marisela. Pero al llegar, un cuadro conmovedor se presenta a sus ojos. Por la ventana ve a Santos y Marisela sentados juntos. El habla y ella escucha embelesada. El cuadro evoca su adolescencia y trae el recuerdo de Barbarita escuchando embelesada a Asdrúbal. Por primera vez la ternura le invade y se transforma en amor maternal. Baja su arma asesina otorgando así a su hija, lo que el destino no le había deparado a ella. Después hace el sacrificio supremo y deja todas sus tierras a Marisela reconociéndola por su hija. Luego desaparece para siempre. Como era cosa sabida que tenía mucho oro enterrado y como en el cuarto de sus brujerías encontraron señales de desenteramiento y nada de oro, corrió la voz entre la gente que había vuelto a la vida vagabunda de su niñez, recorriendo los grandes ríos en busca de un lugar donde pudiera empezar una vida nueva.

El desenlace de la novela la victoria completa de las fuerzas civilizadoras tipificadas por Santos y su bando. "El Tigre, la "Onza y el León" quedan vencidos. Balbino Paiba muere víctima de su propia astucia traicionera mientras que "el Brujeador" muere a manos de "Pajarote". Mister Dánger sin el apoyo de Doña Bárbara y de jueces como Ño Pernalete se tiene que ir a buscar otro lugar en donde pasar su vida haragana. La cerca de alambre, señal de del progreso civilizador sobre la naturaleza salvaje lo deja sin esperanza y, como Doña Bárbara, opta por irse a otros pagos. Con esto se resuelven la serie de conflictos de la novela y se vislumbra un porvenir risueño no sólo para el protagonista sino para todo lo que simboliza.

Bastante énfasis se ha puesto sobre el conflicto en *Doña Bárbara* pero no sucede como en *Don Alvaro* o *La Fuerza del Sino* del Duque de Rivas, o en el drama griego *Edipo* en los que los personajes quedan convertidos en juguetes indefensos de las fuerzas superiores de los dioses, semi dioses o del des-

tino. Pero al contrario, en *Doña Bárbara* los personajes, son vigorosos y en lugar de ser víctimas de su ambiente o de las circunstancias saben luchar contra las adversidades y sobreponerse a las contrariedades. Así vemos muy bien delineado el carácter de Doña Bárbara con sus cualidades y defectos, una mujerona hecha según un modelo, y la encarnación de un símbolo pero no por eso menos real e individual. Lo mismo sucede con Santos Luzardo aunque aquí sí no tiene las sombras y luces de un personaje de carne y hueso. En cambio, Pajarote y Mister Dánger son no sólo individuos bien distintos, son tipos en contradicción del prototipo que sólo se haya dotado de las cualidades generales y no de las particulares. De hecho. Mister Dánger fue introducido en la novela como representante del americano aventurero que va a Latinoamérica para ganarse la vida. Plasma al tipo nórdico o anglosajón en un ambiente tropical y rodeado por gente de procedencia hispana.

Una de las creaciones más bellas de todo el libro es Marisela. Ya sea como la criatura huraña que encuentra Santos o como el ser humano dignificado por un amor que la lleva al sufrimiento, es seguramente Marisela la más bella de sus creaciones literarias.. Como el jardinero que planta la semilla, la riega, la cultiva y goza con verla desarrollarse de un pequeño brotecito verde, a una flor hermosa que exhala un suavísimo perfume, así el lector se deleita asistiendo a la gradual transformación de la florecita silvestre, en una flor cultivada de hermosa forma y de exquisitos colores. Es hondamente conmovedora le escena en que Marisela asistiendo a su padre a bien morir se esmera por mostrarle el cariño que siente por él y revela así fuentes de ternura que Santos nunca pensaba hallar en ella. De la chiquilla ha salido la mujer —como del capullo la mariposa— capaz de comprender, de amar y de sufrir.

se deba al hecho de que los suyos se basan sobre personas de Quizá el éxito de Rómulo Gallegos en crear personajes de la vida real del llano venezolano. Así por ejemplo Antonio José Torrealba Osto es el peón Antonio Sandoval que permanece fiel a Santos. Hoy en día trabaja de joyero, pero no ha perdido su alma llanera, como lo muestra su pasatiempo que es coleccionar los dichos, cuentos y cantos del terruño que for-

ma parte de su ser. "El Brujeador," Melquíades Gamarra, fué en la vida real Juan Ignacio Fuenmayor, mientras que Balbino Paiba fué Eladio Paiba del Alto Apure. Ño Pernalete fué tomado de Diego Pernalete de Tinaco. Tan bien ha pegado esta creación que aun al presente se llaman "Pernaletes" los jueces como él. Más actual es el caso de los Mondragones que en vida llevaban los nombres de "Onza, Tigre y León," tal cual los usa Rómulo Gallegos. María Nieves, el cabrestero, era Rafael Anselmo Luna. Por fin, Pablo Mirabal, el zambo, contento, conilludo y desligachado, que contaba los cuentos extraordinarios y expresaba lo que pensaba porque "las palabras son para decirlas" dió al autor el molde para "Pajarote."

Prácticamente, entonces, las únicas creaciones de Rómulo Gallegos no tomadas de la vida real son Marisela, Santos Luzardo y Mister Dánger. La primera esa un nombre que era predilecto suyo, nombre que puso posteriormente a su finca y que según Antonio, era el nombre de una vaquilla en La Calandria. Santos Luzardo es la encarnación de un ideal — simboliza las fuerzas civilizadoras contra un ambiente salvaje y degenerador. Mister Dánger en cambio, tipifica, como queda dicho, al aventurero norteamericano.

El hecho de que Gallegos haya tenido éxito en crear personajes, que forjan el mundo por su actuar firme y decisivo y que los haya puesto en un ambiente grandioso ha resultado que esta novela sea uno de los valores máximos en la literatura hispanoamericana. Además de ser su obra una de las mejores en la lengua castellana, es una obra de valor positivamente clásico — una novela destinada a ser leída, estudiada y apreciada por generaciones sucesivas. El tiempo, no tendrá efecto sobre ella, que el que tiene sobre el vino — darle más sabor, más valor y hacerla más del agrado del lector.

Además de desarrollar una lucha gigantesca e intensa la obra también posee un lirismo inspirado que vivifica toda la novela y la eleva a una categoría poemática. Es la epopeya de la vida rural en las llanuras ilimitadas y vírgenes del Nuevo Continente. *Doña Bárbara* es el poema geórgico de América, que los poetas no pudieron crear. Es la canción de gesta del llanero en un sentido más completo, más artístico y más inspirado que

el "Martín Fierro" lo es del gaucho luchando en la inmensidad de la pampa argentina.

Considerando los caracteres líricos, épicos y artísticos poseídos por esta novela se podrá apreciar la gran contribución de Rómulo Gallegos a la literatura Hispana, cuanto más a la Hispanoamericana pues es una obra de pura inspiración americana en sus ideas, ambiente y personajes. Significa que América ha entrado en su patrimonio literario,

## LA VORAGINE

Contrasta con la novela "Los de Abajo" del Dr. Azuela, sobria en sus descripciones del paisaje y de la naturaleza, el realismo palpitante, salvaje y abrumador con que el escritor colombiano José Eustasio Rivera, hace de la naturaleza, en su única novela la *Voragine*" protagonista cruel e inclemente de la lucha que el hombre de América del Sur ha tenido que sostener en la conquista de los tesoros que celosamente esconden las pampas de Colombia y de Brasil.

La novela de Rivera carecería de interés y de sentido sin la descripción dantesca, torturante de esas inmensas llanuras, con su variada flora, con su aterradora fauna. La descripción maravillosa, realista, verdaderamente impresionante aunque exaltada y eminentemente lírica, de la naturaleza del trópico, es la protagonista principal de esta verdadera tragedia en que los hombres luchan por dominar la selva en una lucha violenta en la que el hombre sucumbe; pero la muerte de esos luchadores es la esperanza radiante que derriba las murallas de la futura tierra de promisión, para las generaciones del mañana que sabrán disecar el pantano, destruir el mosquito y exterminar el paludismo, el beri-beri, para convertir esas inmensas extensiones de tierra en un maravilloso oasis, en el que opulentos cultivos vengán a enriquecer no sólo a los pueblos de esas naciones hermanas sino a otros muchos pueblos del mundo, cuando se imponga una más equilibrada y más justa distribución de todos los bienes que la madre tierra suministra para todos sus hijos.

Como hace notar Arturo Torres Rioseco en su obra *Grandes Novelistas de la América Hispanas*

"Dos factores diversos contribuyen a engrandecer el escenario trágico de 'esta novela'. Por un lado tenemos el temperamento hiperistéico del autor y su estado de anormal apasionamiento, y por otro la crueldad inaudita de los hombres de la selva que exaltan las apariencias trágicas de ésta. Todo lo que dice Rivera es o puede ser verdad, visto con sus ojos, sentido con su cerebro de hombre impulsivo. Más no todos los viajeros que por esos terri-

torios han pasado los han descrito con tan sombríos tonos". (23)

Sin embargo, hay en el fondo de estas dantescas descripciones del desierto y de la selva, una realidad indiscutible, una feroz realidad, en la que:

"Los árboles son deformes, las enredaderas trepan por sus troncos y almacenan hojas y frutas, y se rompen después como sacos podridos, vaciando reptiles ciegos, salamandras, arañas. (En la que) hay parásitos que se agarran como pulpos, hormigas devastadoras; el comején (que) invade el bosque con su lepra; por doquier e hálito del fermento, los vapores calientes de la penumbra, el vapor de la muerte, el marasmo de la procreación" (24)

Contra esa realidad aterradora se yergue el hombre en plan de lucha y de conquista. Es la inteligencia la que trata de arrebatar, como hemos dicho, a esas selvas vírgenes, a esas tierras nunca cultivadas, a esos escondites de la creación sus tesoros secularmente ignorados y celosamente defendidos.

El hombre en esa lucha de colosos se agiganta. Allí es donde su inteligencia se impone a la brutalidad de la naturaleza irracional.

Podríamos decir aquí lo mismo que afirmamos en el estudio de la novela "*Los de Abajo*": los personajes de Rivera son inconscientes luchadores, que en una lenta y dolorosa contienda están forjando los destinos de un mundo mejor.

La parte cumbre de la novela, aquella en que el escritor inconscientemente nos da la clave de ella, nos parece encontrarla en aquel sueño de Cova:

"Pasé mala noche. Cuando menudeaba el canto de los gallos conseguí quedarme dormido. Soñé que Alicia iba sola, por una sabana lúgubre, hacia un lugar siniestro donde la esperaba un hombre que podía ser Barrera. Agazapado en los pajonales iba espíandola yo, con la escopeta del mulato en balanza; mas cada vez intentaba tenderla contra el seductor se convertía entre mis

(23) *Novelistas de la América Hispana*, University Calif. Press, Berkely and Los Angeles, 1941.

(24) *Ibid.*, pág. 183.



manos en serpiente helada y rígida. Desde la cerca de los corrales, don Rafo agitaba el sombrero exclamando: ¡véngase! ¡Eso ya no tiene remedio!

Veía luego a la niña Griselda, vestida de oro, en un país extraño, encaramada en una peña de cuya base fluía un hilo blancuzco de caucho. A lo largo de él lo bebían gentes innumerables hechadas de bruces. Franco ergido sobre un promontorio de carabinas, amonestaba a los sedientos con este estribillo: ¡Infelices, detrás de estas selvas está el más allá! Y al pie de cada árbol se iba muriendo un hombre, en tanto que yo recorría sus calaveras para exportarlas en lanchones por un río silencioso y oscuro.

Volví a ver a Alicia, desgreñada y desnuda, huyendo de mí por entre las malezas de un bosque nocturno, iluminado por luciérnagas colosales. Llevaba yo en la mano una hacuela corta, y, calgando al cinto un recipiente de metal. Me detuve ante una araucaria de morados corimbos, parecida al árbol del caucho, y empecé a picarle la corteza para que escurriera goma. — ¡Por qué me desangras?, suspiró una voz falleciente. Yo soy tu Alicia, y me he convertido en una parásita". (25)

En este maravilloso sueño, vemos la vorágine de la selva que atrae, que esclaviza, que convierte a los pobres mortales en "serpientes heladas y rígidas", en "luciérnagas colosales" en "bebedores repugnantes de un hilo blancuzco de caucho" o en "una parásita" venenosa y repulsiva. Y el grito de Franco, erguido sobre el promontorio de carabinas, parece como que se pierde en los laberintos inescrutables de la selva. Pero los hombres se van adelante, al pie de cada árbol muere uno de ellos: son los trofeos de la lucha. Más, ¡Qué importa! Aquellos inconscientes luchadores estaban imponiendo la inteligencia a la brutalidad, al salvajismo.

Hay en toda la novela de Rivera un lirismo, una exaltación poética de la propia destucción. Es la codicia: es la esperanza:

"la selva trastorna al hombre desarrollándole los instintos más in-

---

(25) *La Vorágine*. Bib. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1948. Páa. 43.

humanos: la crueldad invade las almas como intrincado espino, y la codicia quema como fiebre. El ansia de riquezas reanima al cuerpo ya desfallecido, el olor del caucho produce la locura de los millones. El peón sufre y trabaja con deseo de ser empresario que pueda salir un día a las capitales a derrochar la goma que lleva, a gozar de mujeres blancas, y a emborracharse meses enteros sostenidos por la evidencia de que en los montes hay mil esclavos que dan sus vidas para procurarles esos placeres, como él lo hizo para su amo anteriormente. Sólo que la realidad anda más despacio que la ambición y el beriberi es mal amigo. En el desamparo de vegas y estradas, muchos sucumben de calentura, abrazados al árbol que mana leche, pegando a la corteza sus ávidas bocas para calmar, a falta de agua, la sed de la fiebre con caucho líquido; y allí se pudren como las hojas roídas por ratas y hormigas, únicos millones que les llegaron al al morir... (26)

---

(26) (Enciclopedia de la Literatura por Benjamín James, tomo V. pág. 412.) Editora Central, S. A., México.

## LA NATURALEZA

José E. Rivera, poeta y novelista colombiano, nació en 1889 y murió en New York 1928. Max Grillo lo considera un escultor de la poesía; su palabra parece ir esculpiendo las figuras y palabras que traza.

"Penetra con aire de desafío en el interior de las selvas" ¿Qué selvas, las del Orinoco y Amazonas, infiernos verdes, paraísos custodiados por legiones dantescas abismos de todas las fuerzas destructoras del organismo humano y disolventes envenenadores de las virtudes del alma. Un paso ha bastado a Rivera para escalar la cima. Su novela quedará al lado de las más celebradas escritas en América. Señalará una etapa, una faz de la vida tormentosa y oscura, propia de los dominios que señorean los ríos tropicales."

Rivera más que novelista es un poeta. Es el poeta de las soledades que describe y canta la salvaje belleza de los paisajes colombianos, contemplados desde la típica piragua en los maravillosos atardeceres tropicales.

Su tierra es para Rivera, lo mismo que para cualquier ibero-americano, el exponente de su nacionalidad, la inspiración de su vida, la nota dominante de su fisonomía espiritual. El novelista nos revela el influjo misterioso con que la tierra hace vibrar su alma de poeta su alma adolorida, hasta convertirla en un verdadero transmisor de la vida en las junglas impenetrables del Nuevo Continente.

Su descripción exuberante hace gala de la rica y opulenta vegetación ecuatorial, que justifica, ampliamente su noble orgullo colombiano. Los caudalosos ríos surcan los terrenos de la salvaje región, como mares desbordados, haciendo de la fértil tierra un criadero impenetrable de animales voraces y de una flora variada y asombrosa. La descripción de Rivera le dan al lector una idea casi visual del tupido panorama de aquella floresta virgen con sus árboles exóticos, y con sus intrincadas redes de ramas y bejucos. Se ve el empeño del autor en abrirnos paso por las enredaderas verduzcas, para entretejer después con la malla de ellas los maravillosos panoramas de su novela. El romántico autor, no satisfecho con el aplomo moderado, pa-

rece extasiarse en la contemplación de la flora tropical. Este vigor impresionable domina toda su obra, y página tras página el lector contempla extasiado sobre la exaltación de la madre naturaleza, un homenaje elocuente a aquellas selvas majestuosas y aquellos ríos caudalosos que tanto impresionaron al escritor en su odisea tenebrosa.

El lirismo de Rivera es profundamente emotivo y pasional. Lo pintoresco en su expresión adquiere un colorido fuerte y viviente. La tierra, como si fuera la herencia espiritual que aporta en su haber parece ser la inspiración dominante del poeta novelista. Por eso su estilo luce inconfundible, como si estuviese revestido por pliegues de hojas trémulas, movidas tan sólo por el torbellino de la pasión. El vasto escenario de la floresta de Rivera casi ahoga la trama humana de su novela, como podemos notar particularmente en el rudo y violento desenlace final de la tragedia. La selva victoriosa se impone contra la altivez del hombre. El desafío entre la una y el otro mantiene al lector en continua atención.

## LA TRAMA

La novela se desarrolla en los llanos de Casanare y las junglas del Amazonas. Estas dos partes de la escenografía nos pueden servir también para dividir la obra en dos partes tan pobremente entrelazadas que niegan a la novela de Rivera a aquella unidad estructural, que suele descollar clásicamente en obras ajustadas a la armonía y al equilibrio inconfundible de la belleza, como la obra de Jorge Isaac "María". El único enlace vital que sostiene esta novela es la fuga de Alicia y Cova, quienes al fin mueren devorados por la selva en su fatal odisea.

Además de este tema principal el novelista nos presenta otras acciones, como la historia (casi paralela a la de Alicia y Cova,) de la niña Griselda y Franco. Con las seis diversas narraciones, que se intercalan en el tema inicial, nos alejamos, casi pasándolas al olvido, de los fugitivos. Indiscutiblemente estos episodios del todo extraños a los protagonistas, le quitan a la obra aquella esencial unidad que debería tener.

La novela se abre con la fuga de Alicia y de Arturo y termina con su muerte bajo las garras de la inclemente selva que los envuelve sin dejar de ellos el menor vestigio. Me limito a mencionar muy brevemente el cuadro humano, en el que enmarca el novelista las seis diversas narraciones que integran su obra.

La primera narración es la de Heli Mesa, a quien Cova encuentra en el Monte Vichado. Era un prófugo de los caucheros aprisionados por Barrera, para ser conducidos al Brasil, como esclavos que trabajasen en los terrenos donde recogían la valiosa goma. Barrera era un hombre desalmado, un foragido, un traficante de la vida humana que con su vil codicia y artes de bandolero se dedicaba al pillaje. Por eso le llamaban el enganchador.

Heli Mesa refiere a Cova cómo se escapó y también le hace saber que Alicia y Griselda van como cautivas de Barrera. Rivera omite en sus cuadros las pinceladas femeninas, pero su ple esta omisión con el trágico incidente que acaeció en la embarcación de Barrera. Uno de los hombres arroja al agua a un infeliz niño. Tan pronto cae al río los feroces cocodrilos lo de-

voran y la madre enloquecida se lanza al agua, y allí perece con su hijo. Helí Mesa describe la venganza que él tomó del asesino y cómo pudo escaparse en el río, a pesar de los disparos y los reptiles. Rivera no habla de Alicia, sin embargo esta narración conmovedora llena el vacío del amante de Cova con el dramático derroche de expresión y con la vívida descripción de la naturaleza salvaje. Y termina triunfalmente la pequeña historia, ya que Helí Mesa se redime al asumir el papel vindicativo, que deja ver al lector un fondo de nobleza en el alma del escritor colombiano.

La segunda narración, colocada después de las atrocidades inhumanas de los capataces, la hace Pipa sobre la india Mapi-ripiana. Era la cacique de la comarca, a quien no solamente temían los indígenas, si no respetaban los animales. Un indigno misionero se enamora de ella, y el fruto de sus amores es castigado con la persecución del vampiro y la lechuza en su propia progenie. El monje despavorido huye sin cesar acosado por las iras de sus monstruosos hijos. En busca de perdón consagra su vida a la oración y a la penitencia.

La leyenda, que como tal debe tomarse, nos demuestra la afición que el poeta tenía, a lo provinciano, a los cuentos populares que corrían de boca en boca, a las supersticiones y prejuicios que la imaginación indígena suelen tramitar en todas partes.

El relato es ciertamente interesante y pone al lector en íntimo contacto, en un realismo sorprendente, con el grupo de gentes que iba en esta expedición, si exceptuamos a los indios maipirenos que se negaron a escucharla. Aquí también el derroche del temperamento apasionado y morboso del escritor parece desahogarse con la lascivia vergonzosa y mezquina del impuro fraile.

La tercera narración es la agonizante odisea del infeliz Don Clemente Silva. El autor nos da la impresión de querer consolarse en la historia que hace el pobre viejo sobre la selva, y, sobre todo en el tormento de no poder encontrar a su hijo perdido. Como si el escritor quisiera reflejarnos la ternura de su alma que buscaba siempre sin encontrarla nunca, a la mujer ideal. Sufrir como sufrió Clemente parece establecer un paralelismo con las angustias de Cova, con su sed insaciable de desahogar sus pasiones.

Hay un sentimiento noble que el autor insinúa en esta tragedia, es el amor paterno que parece olvidarse de sí mismo para buscar al hijo. Este amor parece reproducirse, aunque en forma diametralmente opuesta, en el remordimiento que lleva Cova en su conciencia torturada por el pensamiento de que el niño que esconde Alicia en su vientre es el fruto de sus desventurados amores, que se yerguen sobre él como una terrible maldición.

La siguiente narración nos pinta la azarosa fuga, a través de las junglas y pantanos. Esta tercera narración la encontramos en la tercera y última parte de la novela. El escritor nos hace vivir la desgracia de aquellos infortunados prófugos, y con selva virgen logra ganarse la conmiseración del lector, atribuyéndole su poder genial para describir las escenas impresionantes de la selva por las voraces hormigas, los reptiles carnívoros y los feroces tigres. Por todas partes surge el pánico; la imaginación vívida del escritor colombiano adquiere aquí un dramatismo terrible. Y sobre ese fondo de sombras apocalípticas sentimos las torturas crueles e inhumanas de la vida de los caucheros, muy semejante, si no inferior a la de los animales.

Indiscutiblemente que el orden social y las bases sobre que éste se levanta aparecen aquí totalmente desconocidos y salvajemente conculcados.

Las pasiones humanas se desbordan impetuosas, aterradoras, violentas y agresivas en la impunidad que da la selva, en el secreto de soledad que encubre las tragedias.

La historia macabra de los crímenes de Funes, relatado por Ramiro Estebáñez, es la última narración que mantiene el interés del lector. La tendencia pesimista de Rivera intoxica su relato con el fatal desequilibrio que debió de atormentarle en su ruta por estas inhospitalarias regiones, donde todo se ennegrece y se corrompe. Las palabras de Estebáñez que relata la gran matanza de caucheros por el sanguinario Funes son de un tinte tan subido que agobian al lector y le hacen sentir impresiones de muerte ante esos excesos.

El alma de Cova, de suyo sensible y noble, se va, por así decirlo contaminando; se va preparando para consumir su ventaja salvaje, brutal, verdaderamente espeluznante en contra del aventurero, que le había arrebatado a Alicia, el vil engancha-

dor que tantos crímenes tenía en su haber.

Me veo tentado a transcribir esa página terrible y dramática de la novela de Rivera:

"Esto lo escribo aquí, en el barracón de Manuel Cardoso, donde vendrá a buscarnos Don Clemente Silva. Ya libré a mi patria del hijo infame. Ya no existe el enganchador. ¡Lo maté! ¡Lo maté!

Aun me veo saltando en la curiara sobre el escueto patio que precede al caney de Yaguanarí. Circundados por hogueras medicinales, tosían los apestados entre el humo, sin darme razón de mi enemigo, por quien yo preguntaba anheloso, antes que me viera.

En tal momento me había olvidado de buscar a Alicia, La niña Griselda la tenía abrazada al cuello y yo me detuve sin saludarla: ¡sólo quería mirarle el vientre!

No sé quien me dijo que Barrera estaba en el baño, y corrí inirme entre el gramalote hacia el Río Yurubaxí. Hallábase desnudo sobre una tabla, junto a la margen, desprendiéndose los vendajes de las heridas, ante un espejo. Al verme, avalanzóse sobre la ropa, a coger el arma. Yo me interpuse. Y empezó entre los dos la lucha tremenda, muda titánica. Aquel hombre era fuerte, y, aunque mi estatura lo aventajaba, me derribó. Pataleando, convulsos, arábamos la maleza y el arenal en nudo apretado, trocándonos el aliento de boca a boca, él debajo unas veces, otras encima. Trenzábamos los cuerpos como sierpes, nuestros pies chapoteaban la orilla, y volvíamos sobre la ropa, y rodábamos otra vez, hasta que yo, casi desmayado, en supremo ímpetu, le agrandé con mis dientes las sajaduras, le ensangrenté, y, rabiosamente, lo sumergí bajo la ninfa para asfixiarlo como a un pichón. ¡Entonces, descoyuntado por la fatiga, presencié el espectáculo más terrible, más pavoroso, más detestable: Millones de caribes acudieron sobre el herido, entre un temblor de aletas y centelleos, y aunque él manoteaba y se defendía, lo descarnaron en un segundo, arrancando la pulpa a cada mordisco, con la celeridad de pollada hambrienta que le quita granos a una mazorca. Burbujeaba la onda en hervor dantesco, sanguinosa, turbida, trágica; y, cual se ve sobre el negativo la armazón del cuerpo radiografiado, fué emergiendo en la mó-

vil lámina el esqueleto mondo, blancuzco, semihundido por un extremo al peso del cráneo, y temblaba contra los juncos de la ribera como en un estertor de misericordia!

Allí quedó, allí estaba cuando corrí a buscar a Alicia, y, alzándola en mis brazos se lo mostré.

Lívida, exánime, la acostamos en el fondo de la curiara, con los síntomas del aborto." (28)

Difícilmente encontraremos en la literatura universal una página más impresionante, más aterradora, más humillante.

La selva ha embrutecido al hombre. Tal vez haya más compasión y menos barbarie en las luchas sangrientas de las fieras.

Este pasaje nos recuerda aquel otro de la Divina Comedia, cuando el Conde Ugolino, acosado por el hambre come las carnes de sus hijos muertos. Pero el Divino Poeta solamente insinúa. "Entonces más que el amor pudo el hambre".

---

(28) *La Vorágine*, Biblioteca Zig-Zag, Santiago de Chile, págs. 317-318.

## LA EXPLOTACION DEL CAUCHERO

Esta novela nos da una detallada narración de la manera cruel en que viven estos pobres infelices que trabajan para un amo inconsiderado y de mente frenética, es decir, como si estuviese furioso en esta selva espantosa, donde los crímenes los comete a su antojo. Barrera, como el Cayeno y el coronel Funes, son ejemplos de demencia e indolencia para con estos pobres infelices que viven como animales, viven explotados miserablemente y nunca logran zafarse de las cadenas de estos amos brutales.

La novela destaca a estos hombres en su modo ruín para que sirvan como de remedio para las gentes influyentes o capaces de detener este odioso vivir de esclavos. A las pobres e infortunadas mujeres les compran los hijitos, si no se los secuestran, de manera que a estos niños, los esclavizan desde una tierna infancia sin conocer una moral más que su ambición desenfrenada. Nacen y mueren encadenados sin nunca poder pagar la deuda, ya que caen como ciegos en este enjambre de pillos que sólo desean la explotación para vivir como parásitos.

Aunándole todas estas desventajas en que se ven enmarañados estas pobres criaturas, hay que añadir las miserias típicas del lugar, como la inmundicia y la piltrafa de ropas con la escuálida alimentación; como veremos, no necesitaremos escudriñar mucho para mirar la situación inhumana de esos trabajadores. Por eso hay que dispensarles su actitud animal y primitiva; esa vida de fieras que llevan entre ellos mismos, matando sin repulsión alguna o cometiendo adulterio como lo hacen los animales. ¿Acaso se le puede pedir pudor o decencia a esta desgraciada gente? Estos capataces o mayoresales se han envenenado con tantos crímenes y viviendo de parásitos que en su estado de perversión se encuentran ciegos para dar un paso virtuoso, ya que se han identificado con las bestias haciéndose peores pues los seres irracionales no pueden juzgar, estos hombres pervertidos no sólo permanecen en este mal, sino que siguen por esa avenida satánica.

Funes es uno de los tantos empresarios que Rivera quiere sacar en su obra para así denunciar a las autoridades que cometen injusticias. La sed del oro corrompe a todos los cauche-

ros ya sean empresarios o mayorales o simplemente peones.

Rivera en su obra parece exagerar la maldad de estas gentes, sin embargo, el poeta vivió por estos lugares y su estancia entre estos hombres sirve de testigo para estas orgías despiadadas, comparándoseles con las acémilas.

El insigne escritor enseña su compasión cuando habla de estas pobres víctimas de los señores del caucho, su modo de escribir es exaltado, sin embargo, en su reportaje hay verdad, ya que él parece rebelarse rotundamente contra el abuso a pesar de la fiebre de asesinatos que parece haberlo contagiado. Otra manera de leer este reportaje con simpatía hacia el poeta Rivera, es cuando notamos su intensidad casi patética que le dedica al abuso causado por los blancos a los indios, como estos mueren en cifras de millares. Es verdad que en otras ocasiones él pinta a los indios como a criaturas belicosas, cosa que parece ser poco cierta, pues los nativos de estas regiones son pacíficos, según atestiguan gentes conocedoras de estas comarcas. Según esto, vemos que Rivera lo hizo deliberadamente para poner de relieve la inquina personal de estos indígenas para con estos potentados de la goma que matan o si no extenuan hasta matar a sus infelices víctimas.

Cuando se lee este pasaje del colombiano sobre los caucheros en su miserable suerte, se percibe una nota de tristeza en las líneas de este autor, pues él luce disgustado con el tratamiento mezquino que se les dan, ya sea a un labriego o a un indio colombiano.

El tema de los caucheros vigoriza la novela dándole el aspecto viril del autor y colocándola entre las obras de arte poético, que en expresiones sencillas o retóricas reflejan al escritor.

Rivera, como sabemos, según sus datos biográficos, vivió en Bogotá donde se recibió de abogado, y como le atrae la política vive allí un buen período de tiempo y lo eligen diputado del Gobierno. Sin embargo, allí él no realizó el verdadero amor ni la compasión por los infortunados de los vida, sino hasta que fué a dar en Casanare y en la jungla.

Rivera, aunque sabedor de los apuros y sin sabores de una clase burguesa, ignora todo el pesar que atribula a los caucheros y a los pobres indios. Sin embargo, entre las distintas po-

siciones que ocupa en el gobierno, lo nombran en una comisión para limitar y establecer los límites fronterizos entre su patria y la hermana república de Venezuela. Aquí la Providencia parece haberle saludado y darle la mano para así ayudar a sus pobres compatriotas que yacen inertes en la inmunicia y en el despojo de sus derechos por miembros del gobierno que en su avaricia aúlica le niegan el derecho de vivir a los campesinos. Tan pronto Rivera se dió cuenta de la atrocidad cometida por las autoridades, el poeta empieza a escribir su novela, aunque sin el romanticismo de sus poemas de *Tierra de Promisión*, aquí con todo ardor desata su furia a la selva que parece devorar a estas almas perdidas. Por eso, el problema del cauchero, constituyó para él, tema real en vez de romántico, ya que en su denuncia desata la lengua contra los abusos cometidos para atraer la atención citadina y amparar de esta manera a esos infelices que se desgañitan y pervierten en un mundo inhumano.

Al esculpir una estatua, un artista, en su trabajo, lo haría dándole la forma en un modo estable o fijo, pero Rivera, con su vigor vital, al presentarnos el problema de los gomeros en sus sufrimientos, lo hace en una forma de desarrollo para así reproducirnos en una forma enérgica su anhelado plan. Por eso, con su alma de poeta, nos excita en su fraseología artística y emocional todas las tribulaciones que acongojan a estos mártires inadvertidos en su esclavitud. Se requiere el genio de un verdadero artista para una labor constructiva y redentora, que aunque cegada por las pasiones ardorosas que acosan a un hombre que vive en una selva fantástica, atine a vislumbrar todas las vicisitudes que atristan a una sociedad rural. Hay que señalar también que indudablemente, el encantamiento de la selva hechizó por completo a Rivera y por eso, su sentido de exageración lo remonta a los discursos elevados y en su forma aparente agranda algo el problema del cauchero; sin embargo, dentro de este escribir frenético, se encuentra un verdadero mundo de realidad.

Por consiguiente, podemos decir que este asunto tratado en la novela, vitaliza la obra de manera extraordinaria, haciéndola magnánima ya que su caridad se expresa en una forma viva y verdadera. A veces una ficción adquiere un sentido

benéfico no sólo en el arte literario sino en el arte de servir como medio caritativo para el prójimo y ante este aspecto nos doblémos y le rendimos culto de simpatía por el bien que esparce. Así podemos decir que esta documentación que adquirimos con el problema del cauchero, beneficia a esa región tanto como a todas las regiones donde exista otro problema maléfico, y entonces de esta manera se universaliza como otro canal del bien social.

## ANÁLISIS DE PERSONAJES.

Al analizar a los personajes de la *Vorágine*, debemos ante todo detenernos en el estudio de Cova, que es la figura central de la obra, en la que parece reflejarse la recia personalidad del insigne escritor colombiano. Ya dijimos que Cova es como el eslabón permanente y unificador de la novela. Debemos notar, sin embargo, que este personaje, bajo el influjo abrumador de la selva, pierde mucho de su personalidad, de su yo íntimo, para convertirse, por así decirlo, en la voz inconsciente de aquella naturaleza salvaje y bravía.

Cuando Cova ofrece su ayuda a Alicia, lo hace impulsado no por el amor, sino por la aventura, por el deseo de satisfacer sus instintos sexuales, siempre prestos a estos lances impúdicos. Su deshonestidad se encubre con el ropaje caballeresco del hombre que quiere salvar a una mujer; pero muy pronto satisfecha la concupiscencia, siente sobre sí el resurgir de nuevas ansias de aventura. Cova se enreda con relaciones promiscuas con la niña Griselda; entonces se da cuenta de que Alicia no significa para él sino la satisfacción de un capricho. Si Cova idealiza a Alicia, es porque esta bogotana tiene maneras refinadas, que están más en consonancia con su educación. Esta circunstancia es la única que hace mantener en su papel a la pobre heroína hasta el final de la novela. La revelación que Alicia hace de su maternidad futura parece mover la sensibilidad de Cova. En una de sus revelaciones tropicales su demencia le obliga a verse instalado en Bogotá con Alicia, como esposa, y con sus hijitos. Sueña, pero sus sueños se desvanecen bajo el influjo impulsivo de la naturaleza tórrida.

Más adelante, el Don Juan de Rivera se ve envuelto por nuevos lances eróticos con Clarita y la Madona, como una reacción de furia contra Barrera y de celos contra su Alicia, a la que cree sumida en los abismos de la prostitución. Alicia viste encajes y sedas, usa joyas valiosas, hace gala provocativa de su cuerpo. Cova al sentirse olvidado y pospuesto arde en llamas de celosa concupiscencia; quiere justificar su sed de venganza contra Alicia, pero cuando Pipa le dice la actitud noble y violenta con que Alicia ha desechado las adulaciones lujuriosas de Barrera, Cova se siente halagado con la fidelidad

que su amante le guarda. No es el amor, sino los celos los que triunfan en la sumisa rendición de la mujer que el hombre sensual ha poseído.

La psicología de estas pasiones salvajes tiene su explicación en el ambiente primitivo y desordenado en que los protagonistas actúan. Quizás alguien pueda señalar también como una explicación de este hervidero pasional la influencia árabe en el carácter y las costumbres de los españoles. Entre los musulmanes la poligamia está aceptada como una institución social permanente; y este germen destructivo parece haberse infiltrado en la península Ibérica y en las sociedades hispano-americanas. Mas, ni en España, ni en los países iberoamericanos, la poligamia no ha sido ni moral ni jurídicamente aceptada, ya que el cristianismo, fuente purificadora, ha limpiado a todo el mundo de esos abusos demoleedores.

Cova, a pesar de tantas influencias perversas que le dominan es un hombre de sentimientos nobles. Cuando la patrulla expedicionaria apresó al Pipa; cuando aquel desdichado iba a ser arrojado a las fauces devoradoras de los cocodrilos. Cova supo oír sus ruegos angustiosos; supo restablecerle en su antiguo puesto.

No es ésta la única ocasión en que los sentimientos humanos de Cova aparecen. Don Clemente Silva, la primera vez que conoció a Cova tenía los tobillos hinchados por la gusana. Arturo se da cuenta de la cruel agonía del pobre anciano; él mismo le lava la carne viva y le procura todos los alivios posibles para hacerle más llevadera su tortura.

Su compasión para estos desventurados no sólo es, digámoslo así, física y material; tiene sus rasgos espirituales, aunque su espiritualidad está muy lejos de lo perfecto, ya que las condiciones abrumadoras de la selva parecen casi embotar sus más nobles y elevados sentimientos. Al encontrarse con su amigo, Estébanz y al escuchar de sus labios la descripción terrorífica de las masacres de Funes, el escritor, señala un momento de elevación filosófica de expansión amistosa, que ennoblece el carácter desconcertante del protagonista.

Las revelaciones de Cova para con los hombres son siempre fraternales; pero, en cambio, sus relaciones con las mujeres son flexibles parecen estar siempre dominadas por su ca-

rácter impulsivo y por sus pasiones insasiables que le impiden reflexionar sobre los valores trascendentales, del amor, de la familia y de la convivencia humana. Por eso, el autor se muestra perplejo, dudoso e inseguro, cuando en su corazón él idealiza a la mujer; y nos da la impresión que él ignora la nobleza y la armonía del amor que une indisolublemente en la unión conyugal al hombre, que es hombre y a la mujer que es mujer. El lector siente la impresión de que para Cova y para Rivera sólo existe la hembra.

Las relaciones de Cova con Clarita y la Madona son una glorificación repugnante del apetito sensual que se prodiga insaciable entre el ambiente lúbrico de una naturaleza salvaje.

El carácter de Alicia, la heroína desdeñada, es el menos elaborado de la obra. Se distingue por su refinamiento personal y, en contraste con la niña Griselda, es una dama. Jamás adquiere en su actuación aquella innata figura, aquella delicadeza femenina que cualquier lector puede admirar en la *María* de Jorge Isaac. Al poco tiempo de estar con su amante y conocer a la niña Griselda, aprende las mañas de las mujeres de la selva; y, aunque en la novela Alicia no aparece como una mujerzuela, da muestras inequívocas de la fiereza adquirida en la escuela de su compañera Griselda. En todos sentidos Alicia es un personaje pálido, incoloro, indefinido. Hay un momento en que parece que la maternidad la hace más madura, más mujer; sin embargo, Rivera no desarrolla este incidente; sólo sabemos que ella dió a luz al siete mesino de Arturo Cova.

Más realce tienen en la novela la niña Griselda y Franco, cuya historia parece un reflejo de la de Cova y Alicia. Cova, por supuesto, eclipsa a Franco; pero la niña Griselda resulta un carácter más pintoresco y vivo que el de Alicia. Esta mujer tiene en sus actitudes toda la fisonomía de las mujeres de la selva, su vocabulario regional, sus características inconfundibles. Así como la selva virgen impresionó de manera asombrosa el alma del poeta ciudadano, así, podemos decir, que la naturaleza menos refinada y más primitiva de Griselda, impresionó más a Cova. Como si el poeta quisiera rendir un tributo a la belleza salvaje.

Otro personaje que desconcierta, en cierto modo, en la sinfonía de la novela de Rivera es Don Clemente Silva. La narración del poeta tan minuciosa y tan emotiva nos saca fuera

del tema central de la obra, para seguir compadecidos de la dolorosa odisea de este hombre. El autor nos da la impresión de deleitarse como si consiguiese algún descanso espiritual en este personaje patético que inspira compasión y lástima.

Hay otro personaje en la novela de Rivera, que merece especial estudio: es la Madona, una especie de Doña Bárbara de los ríos y cauchos. Esta mujer de edad mediana, frizando en los cuarenta, es un ejemplo de los personajes que a pesar de su baja esfera social, adquiere por la creación psicológica del novelista, un sello inconfundible. Con su poder descriptivo, Rivera hace de la Madona una mujer mucho más atractiva que Alicia y que la misma Griselda. Es una mujer dedicada al comercio de caucho, que con su sexo se abre paso, para hacerse rica en un mundo en el que imperan los hombres. Aunque despreciable en prostitución adquiere más relieve que los otros caracteres femeninos.

Estébanez, es un hombre más ponderado, más reflexivo y caviloso que el apasionado Cova. La comparación entre ambos nos dibuja una idea más precisa de los contrastes espirituales del escritor, ya que el poeta y el filósofo parecen encontrarse en este mundo ajeno a la literatura.

Y finalmente el Cayeno, hombre de terrible prestigio entre los desdichados prófugos de las gomeras por sus inauditas crueldades es el prototipo del enganchador sanguinario y sin entrañas que, a costa de las lágrimas y sufrimientos indescriptibles de esos caucheros que parecen decir: "Por qué no ruge toda la selva y nos aplasta como a reptiles para castigar esta explotación vil"?. A base de inhumanas crueldades ha logrado sus riquezas, su poderío, su seguridad personal. Pero todo tiene su castigo, Cova y sus amigos logran darle muerte.

## ELEMENTOS PLASTICOS DEL IDIOMA

Así como la trama central de la novela parece darnos la impresión de que fué escrita en forma irregular y que su contenido es más parecido a la de un diario más que al de una ficción, es conveniente acentuar también que la forma literaria de su estructura se pone en forma paralela con la trama, ya que se aleja de las formas convencionales con su lenguaje irregular semejante al de *Doña Bárbara*. Es la pluma viril del hombre que reproduce el idioma empleado en estas zonas rurales, olvidando la elegancia urbana y de salones para así impregnar la historia con un realismo consumado. Por ejemplo el carácter de Griselda también delineado en su descripción esmerada gana un potosí al pie de la lengua incorrecta que habla el español.

Este descuido aparente del autor en su escrito al principio molesta, pues el lector que habla correctamente el castellano tiene que adaptarse al medio que el poeta describe. Tan pronto uno avanza un poco adentro en la selva con los expedicionarios y el lenguaje del campo empieza a asomarse en los distintos caracteres, el lector se acostumbra, llegándose a aclimatar y entonces la atmósfera campestre forma parte de uno, a medida que los diálogos, se desarrollan.

Su poesía le urge construir frases poéticas. Por eso su poder emocional se eleva en una manera fantástica ya que la prosa se le califica como poética y el vocabulario regional lo ignora mientras él habla. El lenguaje de Cova es depurado y atildado hasta más no poder, ya que en él escribe el poeta y letrado de Bogotá, su derroche de frases y diálogos regionales es abundante pero sólo y exclusivamente en la lengua de sus compañeros, es decir, con algunas excepciones como Franco que es un hombre de la ciudad, o Alicia.

Este lenguaje que se emplea aquí no es muy difícil de reconocer, ya que los indios desfiguran muy poco el español, es verdad que hay palabras que son ajenas al castellano, pero su mayoría es legible a la vista del ordinario hispanoamericano que, por lo general, también halla el mismo problema nativo en las clases poco cultivadas. Rivera se apoya en las imágenes objetivas y esto es muy natural pues las personas que tienen una mentalidad semejante siempre son muy observadoras y en

su caso, en todo lo extraño, para así, después especular o elaborar en una base sensible.

Hay un fenómeno que es común en toda la América española al igual que en el sur de España y es la supresión de las últimas sílabas, especialmente en preposiciones; éste es un detalle por el cual los peones de Colombia se caracterizan también. Otra peculiaridad de la lengua corrupta de estas clases es el uso de las formas arcaicas.

Rivera hará menos de treinta años escribió esta novela, por eso es relativamente moderna y el uso de su lengua es moderno, los arcaísmos sólo vienen de boca de los distintos personajes que forman la novela.

Una característica que acoge con agrado el lector que se entregue a la lectura de la narración expedicionaria, es la expresión libre y alejada de formas clásicas o convencionales, la exposición temperamental de aquello que ve con su yo. Su individualidad en esta peculiaridad hace gala en su arte de escritor dándole el cuño personal de su ser en esta forma libre y espontánea. Hay que recordar de nuevo para comprender este fenómeno su espíritu de poeta que le ayuda a soltarse francamente, sin remilgos de ninguna clase, esto lo hace desde que principia su obra hasta que la finaliza. Un detalle de su franco escribir es la nota que deja al fin de la obra de Cova y Alicia para Silva, como si quisiese, con esto, hacer la participación más estrecha entre autor y lector.

Su estilo es viril ya que él salió de las formas convencionales y se aventuró a escribir con su propio pensar, es decir, si comparamos en la misma línea la excelsa y fina obra de Jorge Isaac, *María*. Las dos novelas están en polos opuestos y cada una despunta como una joya literaria, Isaac con su escribir dulce y romántico, Rivera con su pluma viril y real.

Éste estilo se desprende del autor como si fuese un sello impreso en su personalidad, pues nos revela la voluntad incansable de la selva para aniquilarlo, al pie de su alma infatigable y luchadora para seguir adelante. Su virilidad se manifiesta en sus expresiones llenas de vertiginoso frenesí en su afán de luchador, aunque en muchas ocasiones sólo se ve su inactividad en lo contemplativo.

Así como ningún sentimiento de carácter moral o religioso

es capaz de subyugar el espíritu rebelde de Cova, el autor parece seguir lo mismo en su escrito; sólo su mente le guía y por eso es su estilo sincero y sencillo en su mira expositiva de lo que le rodea. Si hay riqueza de adjetivos y de formas bellas de lenguaje este desborde de palabras es sólo su modo libre de expresión, ya que su alma de poeta y letrado lo introduce por estas avenidas cargadas de las flores que cultivan todos los eruditos en sus años de estudio. Además Rivera, es un hombre muy cultivado en el campo de las letras; por eso su versificación fluye ligeramente en símiles complejos.

## EL PROTOTIPO DE LA NOVELA DE LA NATURALEZA.

Así como el carácter de Zoraida se considera como una genuina creación de carácter entre los grupos de personajes que Rivera describe, se puede decir que esta novela es un trabajo auténtico como una representación vital de la selva y los llanos.

Esta obra es indígena americana, pues sale del corazón de un hombre que en su función de intérprete de su propio suelo revela con su alma poética y observadora aquello que le impresiona. También su curiosidad innata por aquello extraño, lo conduce por laberintos impenetrables y con su arte irregular y franco lo explaya en su escribir enérgico y tempestuoso. Es un verdadero representativo de la América en su exposición terrígena de lo autótono continental, ya que describe con singularidad exquisita la variada fauna y flora de la tierra, ya que su escrito está tan fuertemente imbuído con la tierra virgen americana, y así de este modo el autor sirve de instrumento vocal para la naturaleza.

Esta novela parece haberse desarrollado en el poeta en forma gradual, pues su intensidad adquiere proporciones espantosas a medida que el lector se interna en el llano o en el bosque.

Esta obra se cubre con velo real bajo la presión arrolladora de la odiosa odisea vivida bajo la selva aplastante.

Esta floresta variada, forma un escenario tan bien elaborado en la boca del poeta que lo domina por completo pasando a primer plano y forzándolo a ver la calamidad del pobre peón.

Rivera será el representante de la tierra en todos sus elementos., *Tierra de Promisión* será su introducción antes de comenzar su novela terrígena que hablará de las regiones desconocidas en estas comarcas solitarias y desprovistas del menor socorro humano, ya que esto se ignora en estas tierras del caucho, por la savia desordenada del oro que corre en la sangre de los barones de la goma. Su expresión artística cobrará un elemento de simpatía al ensanchar ante la mente citadina los agravios que sufre el infeliz peón; por eso también en este asunto tan serio, tal vez, se descuide su bella expresión de sin-

ceridad para sólo mirar esta obra por la superficie que cubre esta exposición de alfombrada vegetación tropical.

La obra es muy apasionada y como tal es una representante del trópico en su estructura y hechura, las peripecias de Rivera en su viaje le proporcionaron los mejores documentos para su completa labor. Su fin es otro detalle consistente con lo tropical ya que la poca certeza del desenlace final lo deja a uno suspenso y boquiabierto, al igual que esos aspectos movedizos e irregulares que siempre se presentan en la selva como lo único consistente.

Es una novela interesante, ya que nos presenta el aspecto nómada de los llanos y los bosques, que en contraste con la vida sedentaria de los pueblos en las ciudades nos introduce de un mundo nuevo de gente y costumbres que puebla estas junglas caucheras con sus problemas mayúsculos ante nuestra mirada acostumbrada a la limitada y poca extensa escena que hallamos en lo urbano.

Otra nota que merece mencionarse son las canciones con que tropezamos, ya que también están impregnadas con el decir melancólico de los llanos, y la nota de amor tan fuertemente encontrada en estos personajes.

Terminamos el estudio de esta obra, diciendo que la *Vorágine* es la novela de la selva ecuatoriana que representa el papel de un personaje con vida y acción; que sobre pasa a los hombres; que los atrae, los tritura y los aniquila.

## LOS DE ABAJO

La conquista planteó en México un hondo problema etnológico y social que no podía ser resuelto en el breve período que duró la Colonia. La sangre de España vino a fusionarse con la sangre de las tribus aborígenes, dando una nueva raza, el mestizaje, que progresivamente habría de convertirse en lo que ahora conocemos y amamos como el pueblo mexicano. Esta fusión, sin embargo, no pudo ser tan poderosa que pudiera incorporar definitiva y totalmente a la población indígena en la civilización cristiana de Occidente. La gestación de un pueblo como la gestación de un individuo, es lenta, silenciosa y exige largo tiempo para llegar a su madurez.

España trajo a Méjico juntamente con sus misioneros — varones apostólicos que con ejemplar abnegación se acercaron al indio para compartir sus pobreza, para elevar su vida, para redimirle de sus seculares vicios — a los conquistadores y guerreros, que lógicamente buscaron en sus gestas épicas y en sus actividades administrativas no sólo el engrandecimiento de la Corona, sino su propio enriquecimiento, su propia grandeza.

Esto es perfectamente humano y nadie puede tildar por esto sólo de explotadores a unos hombres que si se enriquecieron en el Nuevo Mundo, fue exponiendo su vida, sacrificando su patria, su casa y su familia, para realizar, ese prodigio sin paralelo ni precedente en la historia, de la fundación de las veintitantas naciones que hoy forman la América Latina. Se enriquecieron sí, pero dejaron su sangre, su lengua, su religión y su cultura.

La convivencia de conquistadores y conquistados, planteó desde los principios de la Colonia una lucha más o menos descarada y abierta entre la codicia insaciable de los Encomendados y los derechos humanos que tal vez, de un modo inconsciente, pero no por eso menos vigoroso, latían en las entrañas vivas de los pueblos dominados. En esa lucha, los indios no estuvieron solos. El nombre de Fray Bartolomé de las Casas, de Don Vasco de Quiroga, de Fray Alonso de Veracruz, de Fray Pedro de Gante (para no citar sino unos nombres) nos está diciendo la defensa valiente y decidida que contra la voracidad y la rapiña hicieron el desprendimiento, la virtud y el celo apostó-

lico. "*Las Leyes de Indias,*" monumento perenne de equidad, de comprensión y de humanismo, se enfrenta con visión y con deudeo a los problemas planteados por la Conquista; y, mientras por una parte garantiza los derechos inalienables de las tribus indígenas, estableciendo la propiedad comunal, por otra parte abre a la iniciativa, a la preparación, a las legítimas ambiciones de los conquistadores, los tesoros inmensos, las potencialidades inagotables de este riquísimo y todavía no explorado Continente.

Dice Don Luis González Obregón:

"Cortés al consumir la Conquista de México, no halló mejor medio para recompensar los servicios de sus capitanes y soldados que establecer los repartimientos y encomiendas, pues durante su estancia en las islas descubiertas por Colón había conocido y disfrutado de tales premios, concedidos por el Almirante de los españoles, para que los indios les sirvieran en los minerales, en los campos, en sus casas y en la edificación de sus fincas." (40)

Y el mismo González Obregón cita estas palabras de Fray Juan de Zumárraga, en las que el primer Obispo de México, condena la insaciable codicia de los españoles:

"Los antiguos castellanos, que habían venido de España, plebeyos y sin patrimonio replicaron que para eso bien podían haberse quedado ahí en la Península donde sobraban campos, y para no salir de cavadores, no era menester haber hecho tantas hazañas."

La Reina de España, Doña Isabel de Castilla en un codicilo agregado a su testamento suplicó a su esposo y a sus herederos que trataran bien a los habitantes del Nuevo Mundo. Carlos V prohibió las encomiendas por la Real Cédula de 20 de junio de 1523, fechada en Valladolid:

"Dios Nuestro Señor creó los indios libres y no sujetos; no podemos mandarlos encomendar ni hacer repartimientos de ellos a los cristianos, y así es nuestra voluntad que se cumpla."

---

(40) Los Precursores de la Independencia Mexicana.

Por los trabajos de Fray Bartolomé de las Casas se promulgaron las llamadas *Leyes Nuevas* de 1542 que tendieron a resolver la cuestión social de aquel tiempo. Estos datos nos están insinuando la lucha que desde los principios de la Colonia se entabló entre conquistadores y conquistados, entre la codicia de los primeros y los derechos conculcados de los segundos.

Indiscutiblemente que en esta lucha los indios por su impreparación, por su posición de subyugados, tenían una desventajosa parte. El Barón de Humboldt en su *Ensayo Político* dice:

“México es el país de la desigualdad. En ninguna parte, tal vez, hay una distribución más triste de las fortunas, de la civilización, de la cultura, del terreno y de la población.”

El Obispo electo de Michoacán, D. Manuel Abad y Queipo, pinta vivamente el estado moral y político de la población del Virreinato:

“Los españoles compondrán un décimo de la población y ellos tienen casi toda la propiedad y las riquezas del reino. Las otras dos clases se ocupan en los servicios domésticos, en los trabajos de la agricultura y en los ministerios ordinarios del comercio, y de las artes y oficios. Es decir, que son creados sirvientes o jornaleros de la primera clase. Por consiguiente, resulta entre ellos y la primera clase aquella oposición de intereses y afectos que es regular en los que nada tienen y los que los tienen todo, entre los dependientes y los señores. La envidia, el robo, el mal servicio de parte de los unos; el desprecio, la usura y la dureza de parte de los otros.

Estas resultas son comunes hasta cierto punto en todo el mundo. Pero en América suben a muy alto grado, porque no hay graduaciones o medianías: son todos ricos o miserables, nobles o infames.” (41)

La emancipación de España y la Guerra de Independencia con las complicaciones políticas que la siguieron, no vinieron a

---

(41) Problemas Agrícolas e Industriales de México. Publicación semestral. Volumen V, Julio—Sept. de 1953. Págs. 32-33, Autor: Fernando González Roa.

resolver el problema, sino más bien a acrecentarlo y complicarlo.

El 23 de junio de 1856 el diputado al Congreso Constituyente Don Ponciano Arriaga pronunció un memorable discurso, del que tomamos los siguientes párrafos:

"A juicio de los hombres más eminentes, que han observado y comparado con meditación y prolijidad las condiciones políticas y económicas de nuestra existencia social; y a juicio del pueblo, que unas veces por entre el seno mismo de las tinieblas se encamina a la luz de las reformas y otras, ya ilustrado acepta y consagra las doctrinas más saludables; uno de los vicios más arraigados y profundos de que adolece nuestro país... consiste en la monstruosa división de la propiedad territorial. Mientras que pocos individuos están en posesión de inmensos e incultos terrenos que podrían dar subsistencia para muchos millones de hombres, un pueblo numeroso, crecida mayoría de ciudadanos, gime en la más horrenda pobreza, sin propiedad, sin hogar, sin industrias ni trabajo... En esta gran extensión territorial, mucha parte de la cual está ociosa, desierta y abandonada reclamando los brazos y el trabajo del hombre, se ven diseminadas cuatro o cinco millones de mexicanos, que sin más industrias que la agrícola, careciendo de materia prima y de todos los elementos para ejercerla no teniendo a donde, ni como emigrar con esperanza de una honesta fortuna, o se hacen perezosos u holgazanes, cuando no se lanzan al camino del robo y de la perdición, o necesariamente viven del yugo del monopolista que, o los condena a la miseria o les impone condiciones exorbitantes."

Iguales combinaciones y anatemas en el régimen territorial bajo el gobierno del Gral. Díaz, que, si bien es cierto que vino a establecer el orden y la paz durante treinta años en México, sin embargo, dejó en peores condiciones el problema agrario con las repercusiones sociales que él encierra.

El Lic. D. Salvador Brambila y Sánchez dice lo siguiente:

"La ambición inmoderada de los hacendados y principalmente de los arrendatarios y encargados de administrar y dirigir los trabajos en las fincas de campo, constituye una verdadera rémora para

el progreso y adelanto de nuestro pueblo. El gobierno de la República debe preocuparse de estos gravísimos males que afligen a la mayoría de los hombres de trabajo de un modo alarmante, y que reconocen como causa, restos de la antigua servidumbre, de cuyo tiránico despotismo aún queda mucho casi en todas las haciendas de la República. La antigua servidumbre, que es la forma de la esclavitud moderna, es lo que impera con grande absolutismo. Con raras excepciones, no hay finca de campo en donde no exista alguno de estos encargados (llámense administradores o arrendatarios) que no sean el terror de los pobres, indefensos e ignorantes campesinos. Existe ese mal como una gangrena terrible que causa daños intensos en la clase jornalera demasiado numerosa y que vive desde ha largos años contemplando los caprichos, harto frecuentes de su amo y señor, que viene a tratar a los pobres campesinos como bestias de carga, ciegos instrumentos de una ambición bastarda y raras veces bien intencionada y puesta en los justos límites." (42)

La Revolución Mexicana, quiso resolver de una vez para siempre el problema agrario que es, a no dudarlo, una de las causas fundamentales de las inquietudes permanentes y de los conflictos que tantas veces han ensangrentado al suelo mexicano.

Sin embargo, a nuestro juicio, esta solución radical y tajante a un problema tan hondo y secular no ha tenido todavía, no ha podido tener la solución anhelada. En realidad la crisis se ha agudizado y México ha sentido en su entraña las consecuencias desastrosas en una blanca-rota de su agricultura. El problema agrario y la lucha que él necesariamente lleva consigo, a mi juicio radica fundamentalmente en la educación de las clases humildes, en su lenta, inteligente y progresiva preparación. No se puede resolver el complicado y secular problema del campo en México sin una labor paciente, intensa, sincera y fecunda, que dé la preparación a las clases humildes para explotar con éxito la tierra.

Hemos creído necesario hacer este ya largo prólogo por

---

(42) En varios artículos publicados en El Tiempo y que transcribe el Sr. Molina Enríquez.

que nuestra tesis carecería de valor y de sentido, si no la enmarcáramos en el ambiente histórico y social de México, en donde se desarrolla y se ha escrito esta novela "LOS DE ABAJO".

En esta obra del Doctor Mariano Azuela nos describe una de las facies sangrientas y dolorosas de este conflicto secular, en el que LOS DE ABAJO, azuzados por los cabecillas del movimiento revolucionario, instigados por la codicia de la aventura, o vejados en sus personas y bienes raquíticos, por los desmanes de una hambrienta soldadesca, se lanzaron a una lucha destructora en la que el robo, el pillaje, los atropellos más o menos vergonzosos contra la moral y la decencia, fueron el estímulo de sus aventuras.

Pero, inconscientes de sus propios destinos, esos hombres se erguían para reivindicar los derechos legítimos de su pueblo. Dice el Dr. Azuela:

"Villa, es el indomable señor de la sierra, la eterna víctima de todos los gobiernos que lo persiguen como a una fiera, Villa es la reencarnación de la vieja leyenda: el bandido providencial, que pasa por el mundo con la antorcha luminosa de un ideal: robar a los ricos, para hacer ricos a los pobres". (43)

(Los de abajo)

Bajo este concepto es exacta la afirmación del Dr. Azuela Solís: ¡Qué hermosa es la revolución aun en su misma barbarie! Pero no menos verdadero y profético es lo que el mismo personaje, en voz baja y con vaga melancolía añadió después:

"Lástima que lo que falta no sea igual. Hay que esperar un poco a que no haya combatientes, a que no se oigan más disparos que los de las turbas entregadas al saqueo; a que resplandezca diáfana, como una gota de agua, la psicología de nuestra raza, condenada en dos palabras: ¡Robar, matar!... ¡Qué chasco, amigo mío, si los que vinimos a ofrecer todo nuestro entusiasmo, nuestra vida misma por derribar a un miserable asesino, resultásemos los obreros de un enorme pedestal donde pudieran levantarse cien o doscientos mil monstruos de la misma especie...! ¡Pueblo

(43) Los de abajo; pág. 122. Ediciones Botas 1949.



sin ideales, pueblo de tiranos!... ¡Lástima de sangre...!" (44)

Los ideales, las ideas-fuerza, como las llama Pascal, solamente nacen y crecen en el cultivo lento y silencioso de la Educación; y la Educación de un pueblo, como ya lo indicamos más arriba, no es, no puede ser, obra de un día, ni fruto de una violencia destructora.

Leyendo la novela del Dr. Azuela nos encontramos repetidas veces con una franca confirmación de nuestra tesis. Citemos, por ejemplo, las palabras que Luis Cervantes, otro de los protagonistas de la novela, dice a Demetrio Macías en Moyahua:

"En primer lugar, mi general, esto lo sabemos sólo usted y yo... y por otra parte, ya sabe usted que al buen sol hay que abrirle la ventana... hoy nos está dando de cara, pero ¿mañana?... Hay que ver siempre adelante. Una bala, el reparo de un caballo, hasta un ridículo resfrío... ¡Y una viuda, y unos huérfanos en la miseria... ¿El Gobierno?... ¡ja, ja, ja!... Vaya usted con Carranza, con Villa o con cualquiera otro de los jefes principales y hábleles de su familia... Si le responden con un puntapié donde usted ya sabe, diga que le fué de perlas... Y hacen bien, mi general; nosotros no nos hemos levantado en armas para que un tal Carranza o un tal Villa lleguen a Presidentes de la República; nosotros peleamos en defensa de los sagrados derechos del pueblo pisoteados por el vil caudillo... Así como ni Villa, ni Carranza, han de venir a pedir nuestro consentimiento para pagarse los servicios que se están pagando a la Patria, tampoco nosotros tenemos necesidad de pedirle licencia a nadie." (45)

Y en ese mismo capítulo, y en ese mismo diálogo, el estudiante de medicina, el hombre preparado en la chusma que capitaneaba Demetrio, el que por ideales se había incorporado a la Revolución, sugiere a Macías, cuyos "dedos callosos iban y venían sobre las brillantes monedas" de oro, que en la casa del

(44) Ibid., págs. 130-131.

(45) Ibid., pág. 172.

cacique de Moyahua había Cervantes robado:

“Mire mi general; si como parece, esta bola va a seguir, si la Revolución no se acaba, nosotros tenemos ya lo suficiente para irnos a brillarla una temporada fuera del país”. (46)

“Demetrio meneó la cabeza negativamente”.

Cervantes insiste:

“Pues ¿a qué nos quedaríamos ya... Qué causa defenderíamos ahora?”.

Responde Demetrio:

Eso es cosa que yo no puedo explicar, Curro; pero siento que no es cosa de hombres...”

Ese mismo Cervantes, era el que había brindado delante del general Pánfilo Natera con estas elocuentes palabras:

“Por el triunfo de nuestra causa, que es el triunfo sublime de la justicia; porque pronto veamos realizados los ideales de redención de este nuestro pueblo sufrido y noble, sean ahora los mismos hombres que han regado con su propia sangre la tierra los que cosechen los frutos que legítimamente les pertenecen”. (47)

Solís expresa con trágica amargura el contraste tremendo de sus ideales y la realidad amarga de aquella lucha:

“Yo pensé una florida pradera al remate de un camino... y me encontré un pantano. Amigo mío: hay hechos y hay hombres que no son sino pura hiel... y esa hiel va cayendo gota a gota en el alma, y todo lo amarga, todo lo envenena. Entusiasmo, esperanzas, ideales, alegrías...”

¡Nada! Luego no le queda más: o se convierte usted en un bandido igual a ellos o desaparece de la escena escondiéndose tras las murallas de un egoísmo impenetrable y feroz”. (48)

---

(46) Ibid., págs. 173-174.

(47) Ibid., pág. 110.

(48) Ibid., pág. 112.

Y en el mismo pasaje dice Solís:

"¿Hechos?... insignificancias, naderías; gestos inadvertidos para los más, la vida instantánea de una línea que se contrae, de unos ojos que brillan, de unos labios que se pliegan; el significado fugaz de una frase que se pierde. Pero hechos, gestos y expresiones que agrupados en su lógica y natural expresión constituyen e integran una mueca pavorosa y grotesca a la vez, de una raza irredenta". (49)

Todas estas citas de la novela parecen confirmar ampliamente los dos puntos claves de la lucha secular y la historia azarosa de este pueblo glorioso de México, cuyos destinos inmortales, según dice el Himno Nacional, han sido escritos por el dedo de Dios: Las guerras civiles que tan frecuentemente han devastado a la nación, los diversos caudillos que las han iniciado, los diversos programas y contrarios idearios que ellos han defendido, no son sino instrumentos de la Providencia, meros incidentes de una lucha novilísima en la que la trayectoria ascendente del pueblo mexicano se ha ido perfilando y definiendo. En lo humano, la causa de los aparentes fracasos se ha debido y se debe todavía al factor social que tantas veces hemos señalado: la falta de una sólida, coherente y armónica educación, que acabe de realizar la gestación progresiva y fecunda de la raza.

Estudiando los diversos personajes de la novela del Dr. Azuela, nos encontramos con caracteres definidos, que confirman en su actuación y en sus palabras los dos puntos fundamentales de esta nuestra misión de la lucha social del pueblo mexicano.

Demetrio es el guerrillero afortunado que busca en la lucha su seguridad económica. Su programa es nebuloso, impreciso; su actuación nos parece la de un irresponsable, la de un hombre que se embriaga en la sangre de sus víctimas, si vió un día arder su choza por las fuerzas federales, más adelante vengará su tragedia haciendo arder con inclemente fiereza la casa

(49) Ibid., Pág. 113.

del cacique de Moyahua. Sus orgías son repugnantes;

"Pues yo, con que no me falte el trago y con traer una chamaquita que me cuadre soy el hombre más feiz del mundo". (50)

En su camino a Aguascalientes para elegir al presidente provisional, en Lagos, dice al guero Margarito que le ofrecía muchachas bonitas para darse gusto:

"Ahora sólo tengo ganas de ponerme una borrachera". (51)

Sin embargo en el fondo de este guerrillero, nos parece auscultar las palpitations angustiosas de un pueblo secularmente subyugado que pugna por emanciparse, por redimirse, por buscar un orden social, más justo, más humano.

Luis Cervantes es, por el contrario, el individuo culto, preparado, tal vez idealista pero que arrastrado por la vorágine inclemente de la guerra, contaminado por las lacras morales de sus compañeros de armas, va buscando en el conflicto y en los diversos episodios que él presenta su lucro personal, sus intereses económicos, su enriquecimiento, sin escrúpulos, sin trabas éticas.

Es el individuo desencantado de sus ideales redentores que se convierte en un oportunista que busca las ventajas personales, que vende a muy alto precio los sacrificios que él voluntariamente se había impuesto en aras de una causa novilísima. Su carta escrita en el Paso, Tex., el 16 de mayo de 1915, es un contraste lastimoso de aquella primera conversación que tuvo con Demetrio y con sus hombres la primera vez que se encontró con ellos. Lamenta la suerte de Pancrácio y de Manteca pero no le extraña que después de una partida de naipes se hayan apuñaleado. Siente en el alma no poder comunicarse con el guero Margarito para felicitarlo por el acto más noble de su vida, el de suicidarse. . . . Piensa establecer un restaurante netamente mexicano con el dinero de Venancio. Le ofrecen la administración como miembro de la "Salvation Army, sociedad que él considera respetabilísima y que le daría a su amigo mucho carácter.

(50) Ibid., Pág. 174.

(51) Ibid. Pág. 210.

"No vacile, querido Venancio; véngase con los fondos y podremos hacernos ricos en muy poco tiempo". (52)

Banca-rotta total de todos los valores de la vida que se han sacrificado en aras de una codicia repugnante. Los ideales de redención de su pueblo, su religión católica, su mismo amor a la Patria en que nació; todo, todo fué sacrificado por este traidor a su raza, para vivir en la opulencia y en las comodidades de una ciudad de los Estados Unidos.

Desgraciadamente en la historia del pueblo mexicano nos encontramos con frecuencia con estos traficantes del dolor y de las miserias de su propio pueblo.

Hay dos personajes en la novela del Dr. Azuela que vienen a expresarnos otros aspectos verdaderamente trágicos de las clases humildes: Camila y la mujer de Demetrio.

Camila, tal como la describe el novelista, es una auténtica representación de la mujer indígena. Generosa y hospitalaria, sabe compadecer a los heridos, sabe compartir su pobreza con los necesitados, sabe amar, sabe esconder sus sentimientos, sabe al fin sucumbir para salvar a aquel que es injustamente vejado. La muerte de Camila, vilmente asesinada por su rival "la Pintada", en último análisis se debió a la defensa que hizo de una víctima en contra de los feroces desalmados del guero Margarito.

Así son las mujeres de México. En ellas los extranjeros siempre hemos admirado esa fortaleza, esa resignación, esa maternal ternura que les caracteriza. Para mí una de las imágenes más impresionantes que tengo de México es la de la madre indígena que carga en su rebozo sobre sus espaldas al hijo a quien dió a luz.

La mujer de Demetrio apenas si aparece en la novela. La vemos al lado de su esposo y teniendo en su regazo a su pequeño en aquella noche trágica, cuando se inicia la vida de guerrillero de su marido y cuando su casita es devorada por las llamas. Nos parece seguirla, adivinando su dolor y sus temores, con el hijo legítimo en sus brazos, hacia la casita de sus padres en donde se esconde, en donde se pierde, en donde apurará la amargura de su viudez anticipada. Es el prototipo de resignación y fortaleza de la india mexicana, de esa mujer que sabe ser esposa y que sabe ser madre.

## ANALISIS DE LA NOVELA.

Analizar una obra literaria es estudiar anatómicamente el fondo y la forma, las ideas y el ropaje externo con que esas aparecen revestidas, a fin de despertar el deleite estético, al mismo tiempo que instruyen y convencen a los lectores.

Hemos expuesto, en la primera parte de este estudio, el marco ideológico, histórico, humano, en que el Dr. Azuela coloca el desarrollo de su novela. De vez en cuando, y como aclaración o confirmación de nuestros puntos de vista, hemos acudido a las citas de la misma novela, que ahora ya en particular vamos a analizar en este estudio.

El lugar, el teatro geográfico, en el que se desarrollan los hechos trágicos y sangrientos de la novela del Dr. Azuela, aunque circunscrita a los Estados de Jalisco, Aguascalientes, Guanajuato y Zacatecas puede ensancharse; puede ser considerado como todo el territorio nacional.

Este escenario físico adquiere en esta novela la importancia de un verdadero protagonista. Necesitamos estudiarlo, tal como existía en el México pre-revolucionario, en la época que precedió a la insurrección de Madero y en los años en que estas luchas libertarias tuvieron parte, para poder darnos cuenta del valor apologetico que esta novela tiene, como una justificación de esas luchas violentas, en las que "los de abajo" pugnaban por su emancipación.

México era en esa época un país casi exclusivamente campesino con todas las características que suelen tener los países que exclusiva o principalmente viven del trabajo fecundo de los campos: densa población agrícola y ciudades pequeñas en las que vivían los adinerados, los que comerciaban y los que por su profesión o dependencia oficial necesitaban vivir en las urbes.

Existían, por aq ue entonces, es verdad, algunas industrias, que más bien parecían restos de las antiguas artesanías medievales, como orfebres, herreros, zapateros, etc. Las grandes fábricas, las industrias modernas, las que gradual y progresivamente han ido acrecentando en población las ciudades, convertidos en centros industriales, eran casi desconocidas en el México pre-revolucionario.

La agricultura era pues la fuente principal de la producción de la riqueza mexicana, del comercio y del trabajo de la mayoría de los habitantes de la República. Las mismas pequeñas industrias que había entonces estaban íntimamente ligadas con la agricultura. La ganadería se desarrollaba vigorosa en casi todos los Estados. Los ricos de entonces eran los agricultores y los ganaderos.

Por eso la economía de la nación en aquel tiempo estable y fuerte estaba casi exclusivamente cimentada en la prodigiosa fecundidad de sus tierras. Por eso también el tipo más característico del mexicano, el que, por así decirlo representaba su raza, su vida, sus ambiciones, sus conflictos, era el del *ranchero*. El obrero con todo el alcance que esta palabra tiene en el mundo de nuestros días, o no tenía mayor significación en la economía nacional o estaba tan unido a las clases campesinas, que no era especificado como un grupo trabajador distinto de ellas.

México, hablamos principalmente del México de aquel entonces, es un país fértil; porque, si bien es cierto que existen en él enormes desiertos y terrenos escabrosamente montañosos, también hay planicies feracísimas capaces de ofrecer en muchos casos hasta tres cosechas anuales.

La distribución de las tierras, en aquel entonces laborables, feraces, y fecundas, no estaba, no podía estar, proporcionalmente repartidas en los diversos Estados Federales. Mientras había Estados pequeños, como el de Colima y Nayarit, cuya superficie estaba totalmente dotada de magníficas tierras, había en cambio, otros Estados de grandes dimensiones, como el de Chihuahua, Sinaloa y Zacatecas en los que, por la pobreza de la tierra, por la falta de irrigación o por la escasez de vías de comunicación, la vida del campo era raquítica y el trabajo de los agricultores muy poco productivo.

Esta fué ciertamente una de las múltiples causas que originaron la Revolución de 1910. Nuestra afirmación parece quedar plenamente comprobada al estudiar la situación actual de la población en México: la población de México, después del movimiento revolucionario se ha revuelto (expresión poco correcta; pero, por lo demás, la más gráfica y clara).

En la novela *Los de Abajo*, los protagonistas, en su inmensa mayoría, son campesinos, tan herméticamente encerrados en su ambiente que a cada paso nos encontramos con su modo característico de hablar, con alusiones perfectamente claras a los objetos de labranza, a situaciones propias de labriegos. El principal protagonista, Demetrio, como ya lo hicimos notar más arriba, se lanza a la lucha para ejercer una venganza; su ilusión es supuesta la fortuna, al fincar en la tierra de una manera definitiva su seguridad económica personal.

El campesino es considerado en todas partes del mundo, como la realidad humana más pura. Su contacto directo y constante con la naturaleza le hace imitar a ésta en su sencillez; por eso el alma del campesino es más ingenua, es más diáfana, es en su ignorancia más observadora que el espíritu complicado del hombre de la ciudad. Apegado indisolublemente a la tierra llega a quererla tanto que muchas veces desprecia, en aras de ella, otros valores más nobles, como lo es, por ejemplo, el mismo valor de la persona humana.

El distanciamiento peculiar en que viven y se desenvuelven los campesinos les hace de un criterio simple y de una cultura limitadísima llena de prejuicios, de supersticiones y de ignorancias, que se resisten a la obra fecunda y necesaria de la educación. Por eso los labriegos fomentan con más ahinco sus facultades físicas que sus facultades intelectuales; por eso encontramos en ellos la habilidad y la fuerza hercúlea; pero su inteligencia suele ser obtusa y a la par obstinada.

Hay que tener presente, para una comprensión mayor de este panorama, lo que ya hicimos notar arriba: la población agrícola del México actual y del México prerevolucionario, no es homogénea. En el campo trabajan los indígenas de pura raza, cuya mentalidad es más rudimentaria; y en el campo trabajan también los que hemos llamado auténticos rancheros, que son mestizos, cuya mentalidad y cuya cultura es indiscutiblemente superior a la de los indios.

Además de las características apuntadas, existe otro elemento de capital importancia en las clases campesinas de México: su religiosidad, su indiscutible religiosidad, a pesar de su ignorancia y de sus supersticiones. El ranchero mexicano es profundamente religioso. La herencia moral de sus padres,

el patriarcado ancestral tan de acuerdo con el espíritu de la Iglesia católica forman un campo verdaderamente propicio para el florecimiento del espíritu religioso aunque, como hemos dicho, su religiosidad esté reducida por límites demasiado estrechos: conocimientos religiosos muy rudimentarios, actos de culto con proyecciones casi exclusivamente externas, muchas de las cuales no carecen de ciertos resabios de superstición. Esta vida religiosa tan superficial en su apariencia y en sus conocimientos no carece, sin embargo, de una fe viva, firme y ardiente. Si hay algunas ideas hondamente arraigadas en la mentalidad de las clases humildes del pueblo mexicano, si hay algo que inspire y sostenga su vida de lucha y de trabajo es, a no dudarlo, la religión.

Quizás el lector superficial de la novela *Los de Abajo*, pensará que el Dr. Azuela contradice en este punto vital y falsea la fisonomía espiritual del pueblo mexicano. Haciendo a un lado las ideas religiosas que el esclarecido autor de la novela haya tenido en su vida personal e íntima, creemos que la explicación fundamental de esta aparente contradicción entre la profunda religiosidad del pueblo y las incidentales e irreverentes alusiones a la religión y a sus ministros que el Dr. Azuela hace en su libro se debe no a una obstinada negación de un hecho plenamente confirmado por la historia, en aras de un sectarismo cerrado, del todo ajeno e indigno de la cultura del escritor a quien estudiamos; sino a la violenta conmoción que estas luchas intestinas provocaron y en las que como suele suceder en todas las revoluciones — todos los valores humanos y divinos quedaron, al parecer, despedazados. Alguien me ha dicho que en esas luchas los revolucionarios, inconscientes y desorientados, afirmaban: “nosotros perseguimos al clero, pero no a los padrecitos”. Los mismos que quemaban iglesias y sacrificaban a los sacerdotes, llevaban en sus sombreros la imagen de la Virgen de Guadalupe; y, sobre sus pechos curtidos escapularios y medallas.

Así como el mayor bien para el rancharo es su tierra, a la cual se apega como lapa; así también el daño más terrible que en su personalidad puede hacerse es el separarlo, mejor diríamos, el arrancarlo de los campos, cultivados por su trabajo y regados con sus sudores y los sudores de sus antepasados.

Una verdadera bancarrota de todos sus exiguos valores morales y religiosos; una tremenda desorientación de sus ideas y sentimientos vienen a hacer crecer en él un violento mundo de malicia, de desconfianzas, de engaños y de odios. Y cuando la separación de su tierra, de sus lares, es violenta y contra su voluntad, se engendra en el ánimo del rancharo un fenómeno tal de odio y el rencor, que no se borrará en toda su vida.

Este fenómeno podemos apreciarlo en la personalidad del protagonista de esta novela. Demetrio Macías que fué expulsado, arrancado brutalmente de su tierra y en su corazón, noble y sencillo, surgió desde entonces un brutal sentimiento de odio, una insaciable sed de venganza, que lo llevó a la lucha, al asesinato, y que solamente pareció saciarse, cuando vió envuelta en llamas la mansión del cacique, por cuyas arteras intrigas un día había él visto su humilde choza ardiendo. No busca la defensa de un postulado social; no entiende él de esas cosas; lo único que pretende es borrar una afrenta meramente personal y reivindicar con creces la seguridad económica de que antes disfrutaba.

Si a este ambiente social y campesino añadimos ahora la situación histórica de la época en que se desarrolla la novela, tenemos que afirmar que la obra del Dr. Azuela, más que una narración literaria es una verdadera tesis que nos ofrece con toda nitidez las causas, circunstancias y efectos de la Revolución Mexicana de 1910.

Se ha dicho que para ordenar un caos hace falta una dictadura y que para reproducir ese mismo caos basta prolongar inutilmente la existencia de esa misma dictadura. Tal fué la causa de la Revolución de 1910. La Dictadura con sus múltiples defectos llevados al extremo: Clases privilegiadas, injusticias sociales, prevendas jugosas a los favorecidos, crueldades silenciosas para los necesitados y los humildes. Un régimen despótico, que guardando las apariencias litúrgicas de la ley, se había convertido en cubierto opresor de un pueblo miserable, al que, a sabiendas, había tenido alejado de toda clase de educación, para prolongar así indefinidamente su condición de esclavos.

Muchos mexicanos, basándose en hechos históricos desgraciadamente ciertos, piensan que la Revolución fué instigada y fomentada por el Imperialismo de los EE.UU.

Tal vez el Presidente Taft y su camarilla política fueron los instrumentos inconscientes del destino que por esas conmociones y luchas quería salvar a un pueblo torturado, cansado ya de la voracidad insaciable de las clases opresoras.

## TEMA DE LA NOVELA

Decía Aristóteles que las revoluciones no se hacen por menudencias, pero nacen de menudencias.

(Política.—Libro V. Cap. 51, Sec. 8a.). Esta sentencia aristotélica me parece que define maravillosamente el tema vital, candente de la novela del Dr. Azuela: La Revolución Mexicana era un movimiento lógico y natural, debido a los enormes defectos de que adolecía el régimen porfiriano, así como a los limpios y puros ideales que anidaron, tal vez inconscientemente en el corazón de todos los mexicanos, animados por un espíritu de (?) justicia y caridad. La ocasión y los intereses de quienes prácticamente llevaron al cabo esta revolución, bien pueden clasificarse como menudencias, si las comparamos a las causas sublimes y a los trascendentales efectos que este movimiento libertario realizaba.

Demetrio Macías nunca pensó en lo que él inconscientemente estaba reivindicando. Esto se advierte a cada paso de la novela. Siempre que Macías necesita manifestar su opinión, descubrir sus ideales o definir su programa, calla embrazado y no sabe qué decir. Para él significa más Don Mónico su ofensor personal, que Don Porfirio Díaz, tiranizador de su pueblo.

Los dos personajes que manifiestan conocer y sentir más a fondo los ideales de la revolución, Cervantes y Solís, como ya lo hicimos notar anteriormente —se desmoronan en la lucha; Solís termina degenerando sus ideales en la embriaguez y la decepción. Cervantes, traficante de la revolución, aprovecha las circunstancias afortunadas del saqueo para su medro personal.

Desde luego que el tema de la novela, juzgando las cosas superficialmente, no encierra ni de lejos una apología de la Revolución Mexicana. Muy al contrario, puede decirse que es una narración más bien pesimista y un tanto cruel, que vibra en gritos de desorden y en gemidos de terrible decepción.

Pero debajo de esas crueles luchas, debajo de esos crímenes sangrientos, debajo de ese desorden y confusión caótica, hay la vibración secular, imponente, de un pueblo esclavizado que busca, que exige, su liberación y la superación de sus precarias formas de vivir.

Dentro del tema de la novela se nos ofrece, en pocos pero en magistrales y vivísimos trazos, la situación del pueblo no combatiente, pueblo sufrido, lleno de esperanzas al principio, que acoge sin reservas a la revolución y a sus hombres, para hacerse después desconfiado y temeroso al sentirse defraudado y al experimentar con horror en sus bienes y personas los terribles efectos de las turbas desenfrenadas.

La novela, *Los de Abajo* es, pues, una tesis social, un vivo argumento de las legítimas y nobles aspiraciones que laten en la carne viva de las clases humildes, hambrientos de justicia y caridad.

## PROTAGONISTAS.

Hasta fines del siglo pasado, los protagonistas de una novela, excepción hecha de Balzac, Flaubert, Zola y otros, eran personajes de "una pieza", es decir creaciones humanas, amplia y profundamente estudiadas, dotadas de un temperamento bien determinado, con todas las virtudes y defectos que a este temperamento correspondía, según los conocimientos psicológicos del autor. La misma moralidad de sus actos parecía pre-determinada por el papel que en la novela se les había asignado; y el papel que a cada uno correspondía representada siempre tipos perfectamente delineados con relación a una virtud, a un vicio, a una característica psicológica de la vida humana. Por eso llamaba a esos personajes *universales*, y su fin, muy de acuerdo con la opinión, por cierto de alabarse, de los autores de entonces, era o pretendía serlo inminentemente moralizador.

Pero desde los últimos años del siglo pasado surgió en todas literaturas la "novela realista".

Ya no se idealizan los personajes; ya no se crea, para proponerlos luego como tipos de imitación o de repulsión. Se copian de la realidad, aun la más cruda, si es necesario; se toman como se encuentran en la vida.

Si hay alguna deformación ésta consiste en acentuar demasiado los ángulos individuales, las realidades distintivas de cada personaje.

La novela realista cuya decadencia se ha provocado por estas acentuadas imitaciones y estudios de la vida humana nace del brazo del periodismo, y en cierto sentido, puede decirse que es la cristalización del periodismo en su más perfecta expresión. A esta clase de novelas pertenece *Los de Abajo*. El autor es un médico militar al servicio de las tropas revolucionarias. El es testigo presencial de aquellas luchas. Bien podemos suponer que su obra es el fruto de sus observaciones personales y de notas tomadas por él en el lugar de los acontecimientos y contemplando la intervención real de los personajes.

Mucho hemos dicho ya del principal protagonista, Demetrio Macías, personaje con sus altas y sus bajas, probablemente de temperamento bilioso, hombre decidido y valiente que gozaba de muchas simpatías por parte de sus iguales. Dentro de

sus limitaciones morales, de su criterio rudimentario aparece justo y prudente, fiel a sus jefes y con un espíritu firme de responsabilidad, si se quiere embrionaria, pero absolutamente consciente.

Cervantes es desconcertante, como es la vida de tantos hombres que empiezan apasionados y sinceros las luchas libertatorias, para caer después, víctimas de sus propias codicias, en la tradición o en la apostasía. Por eso su figura es repugnante; por eso entrega a Camila, su inocente admiradora, en los brazos de Macías. Por eso le vemos subajarse, en un servilismo odioso, hasta prostituir su preparación, su cultura, su clase social, su personalidad misma, para secundar no ya los órdenes, sino los caprichos brutales de su jefe Demetrio. No es de extrañarse que al fin aparezca este triste personaje traicionando también a la causa revolucionaria. Sobre los intereses y las desgracias de su pueblo estaba su ambición desmesurada.

Camila por su parte, es la nota femenina de la novela; es el personaje más simpático que ella tiene. Sencilla, buena y amorosa, es víctima primero de la traición de Cervantes y sucumbe trágicamente herida por los celos de la "Pintada". Fea y chata, es, sin embargo, encantadora por su dulzura y su sencillez.

El guero Margarito y la Pintada son las pinceladas más negras de la novela. Desde que aparecen son repulsivos. Su crueldad es morbosa, así como su sensualidad. Son tipos anormales, verdaderos parásitos que sólo pueden producir el pantano que sólo en el caos pueden desarrollarse, pueden vivir. Uno de los momentos más felices de la novela es cuando Demetrio, después de haber expulsado de su tropa a la "Pintada" exclama en un arranque de desprecio: "Hasta que se me despegó esta chinche".

Uno de los méritos literarios y patrióticos que tiene el Dr. Azuela es el habernos presentado en su diáfana y hermosa realidad la figura admirable de la mujer mexicana de la clase humilde.

Azuela no inventó, copiosos personajes. En su libro *Cien años de novela Mexicana*, él mismo dice que "los que saben escribir no tienen que decir, y los que tienen que decir no saben escribir, pero no sucede así con el ilustre escritor jalisciense. En *Los de Abajo* él es la voz que expresa las angustias y legítimas ambiciones de su pueblo.

Azuela es, como dice Manuel Pedro González:

"Un diestro Cameraman" que equipado con su cámara y su aparato reproductor de sonidos, se introduce en el oleaje de la Revolución y va tomando "close-ups" de cuanto ve y de cuanto oye. Tan dramático es lo que en torno suyo sucede y tan espeluznantes las atrocidades y los hombres que las cometen, que al "Cameraman" le bastaría con reproducirlos literalmente para realizar una obra de profundo interés humano". (53)

No se detiene el escritor en hacernos prolijas descripciones; cuando quiere poner de relieve el paisaje, el panorama, el lugar de los acontecimientos, escoge con sobriedad aquellos rasgos que hagan resaltar más la gran tragedia humana que él trata de presentarnos.

El mérito principal de la novela consiste, ya lo hemos dicho, y en ésto estamos en perfecto acuerdo con Manuel Pedro González, en haber penetrado en la transformación psicológica colectiva del pueblo mexicano, en un instante de crisis aguda y en habernos hecho sentir las hondas inquietudes de ese pueblo que secularmente lucha y ha luchado por su engrandecimiento y emancipación.

*Dos palabras acerca del estilo y valor literario de la obra.*

El estilo del Dr. Azuela en esta novela, aunque correcto, no es aliñado, no es académico. Está en perfecta consonancia con el argumento que él tan hábilmente desarrolla. Sus personajes hablan con las incorrecciones y arcaísmos con que habla la gente del campo en México.

Pero, hay pasajes, en los que el escritor nos deja ver en las palabras de Solís o de Cervantes su perfecto dominio de la lengua.

Tiene, pues, la novela *Los de Abajo* un gran mérito literario. Escrita en México y para mexicanos ofrece los desconcertantes y realistas contrastes que este pueblo noble y generoso presenta a la observación de los extranjeros que hemos tenido el privilegio de convivir con él.

---

(53) Trayectoria de la Novela en México, Ediciones Botas 1951. Pág. 144.

Falta página

N° 78

## CONCLUSIONES.

Si quisiéramos compendiar ahora nuestros tres estudios en una unidad coherente y armónica, nos parece que en el fondo de estas tres novelas encontramos una misma lucha por alcanzar la plenitud de la civilización y del progreso en las jóvenes repúblicas hispanoamericanas.

Herbert Spencer en sus *Primeros Principios*, capítulo XVI, pág. 138, dice que "La civilización es el progreso desde una homogeneidad indefinida e incoherente hacia una definida y coherente heterogeneidad". Esa es la meta que de una manera más o menos consciente han buscado los pueblos hispanoamericanos en actuación interna y en su actuación externa.

En la novela *Doña Bárbara* el progreso lucha contra los hábitos ancestrales, contra los prejuicios, de toda índole, contra la incultura y la barbarie.

Un pueblo culto es un pueblo libre, un pueblo salvaje es un pueblo esclavo, y un pueblo en que la cultura se abre paso trabajosamente contra la oposición de la ignorancia, es un pueblo difícilmente gobernable. Santos Luzardo, figura simbólica de la civilización, de la cultura, lucha contra la barbarie de *Doña Bárbara*.

Era la lucha del pudor contra la lujuria desenfrenada, de la rectitud contra los instintos ingobernados, de la justicia y el derecho contra la audacia y el atropello.

La civilización solamente se impone a base de grandes sacrificios que permitan el triunfo del espíritu y hagan posible la convivencia humana.

John Stuart Mill dice que no hay mejor prueba del progreso de la civilización que el progreso del poder de la cooperación.

Indiscutiblemente, uno de los aspectos más admirables de la obra de España en América, el que más favoreció la incorporación de las tribus aborígenes en la civilización cristiana de Oc-

cidente, fué la fusión de la sangre del conquistador con la sangre del conquistado, pues nada pudo contribuir más eficazmente a la identificación de ideales y a la cooperación de empresas que la creación de esa raza nueva.

Pero en esa lucha por la civilización y la cultura hay un factor importantísimo contra el cual los pueblos hispanoamericanos han tenido que enfrentarse de una manera trágica y dolorosa. Es la topografía; es el clima; son las distancias pavorosas; son los múltiples obstáculos que la misma naturaleza tropical y virgen, parece oponerles como una defensa, como una muralla inexpugnable, que quiere defender y custodiar el secreto y los tesoros de sus inexplorables selvas, de sus inmensas cordilleras, de sus ríos caudalosos, de sus inhospitalarias tierras.

¿Quién podrá decir el desarrollo y el engrandecimiento que los pueblos hispanoamericanos alcanzarán el día en que logren derribar esas murallas que apoderarse en toda su plenitud de los tesoros que la inculta e inexplorada naturaleza ha ido defendiendo con tan dolorosa batalla?

La novela de Rivera, nos hace vislumbrar, en medio de sus dantescas descripciones, el florecimiento de esas jóvenes naciones, cuando el hombre realiza el milagro de la transformación de su suelo, de la explotación de todas esas inagotables riquezas, que han de explotarse inteligentemente un día quizás no lejano.

Pero, en su desenvolvimiento, los pueblos hispanoamericanos han tenido que dar otra batalla, con sus episodios y características muy peculiares. Es la lucha de *los de abajo* contra *los de arriba*.

Es el problema social, que en hispanoamérica tiene hondas vinculaciones con la tierra. Es el deseo de justicia que pugna por una más ecuánime y más humana distribución de las riquezas. Es el despertar de un pueblo que empieza a sentir el aguijón de sus derechos y el peso de sus responsabilidades.

La novela del Dr. Azuela, en su hondo sentimiento histórico, nos refleja los episodios luminosos de esa lucha, que ha empezado, pero que todavía ha de durar quizás algunos siglos, hasta que la fusión sea perfecta, hasta que la educación sea universal, hasta que los principios de la civilización cristiana logren vencer el egoísmo y la codicia de los que hoy explotan a los humildes seres y entorpecen su liberación.

## BIBLIGRAFIA DE DOÑA BARBARA

- 1.—Bell, Carolyn Shotwell. *Rómulo Gallegos, Novelista Venezolano*. Tesis. Escuela de Verano. Universidad Nacional Autónoma de México. México. 1947.
- 2.—González, Manuel P. "A propósito de Doña Bárbara". *Bulletin of Spanish Studies*. Liverpool, 1939. VII 162-167.
- 3.—Iduarte, Andrés. "Rómulo Gallegos, Novelista de América". *Universidad Obrera de México*. Abril de 1936.
- 4.—Loreley, R. "Rómulo Gallegos, el escritor y el hombre." *Repertorio Americano*. 1930 XVIII Núm. 805.
- 5.—Mañach, Jorge. "Una gran novela americana." *Repertorio Americano*. 1939. Costa Rica.
- 6.—Massiani, Felipe. *El Hombre y la Naturaleza Venezolana en Rómulo Gallegos*. Editorial Elite. Caracas. 1943.
- 7.—Meléndez, Concha. *Sobre Rómulo Gallegos, Doña Bárbara*. *Signos de Ibero-América*. Imp. Manuel León Sánchez. México. 1936.
- 8.—Núñez y Domínguez, José. *La Novela Contemporánea de Hispano-América y Rómulo Gallegos*. México D. F. Departamento de Acción Social. 1944.
- 9.—Picón Salas, Mariano. "Sobre Rómulo Gallegos, Doña Bárbara". *Vida Literaria*. Chile, abril 1930.
- 10.—Ratcliff, Dillwyn Fritschel, *Venezuelan Prose Fiction*. Instituto de las Españas. New York. 1933.
- 11.—Semprun, Jesús. "Una novela criolla". *Cultura Venezolana*. Núm. 14. Junio, 1920.
- 12.—Suárez, Calimano E. "Sobre R. Gallegos, Doña Bárbara." *Nosotros*. XXIV Núm. 254-255.

## BIBLIOGRAFIA DE LOS DE ABAJO.

- 1.—Abreu Gómez, Emilio. "La Literatura mexicana actual." *Atenea*. Septiembre 1929 No. 57.
- 2.—"La tragedia de la literatura revolucionaria." "*Repertorio Americano*" 9 octubre, 1937. Vol. vXXIV, No. 14.
- 3.—Acevedo Escobedo, Antonio. "Precursores de Azuela." *Revista de Revistas*. 12 de enero, 1936.
- 4.—Azuela, Mariano. *Cien años de Novela Mexicana*. Primera edición. Eds. Botas. 1947.
- 5.—*Azahares de mi Novela: Los de Abajo*. Universidad de México. Órgano de la Universidad Nacional Autónoma de México. México, nov. de 1946. Vol. I, núm. 2
- 6.—Barrera Fuentes, Federico. "Las novelas de la revolución." *El Universal*. 10 marzo, 1934.
- 7.—Englekirk, John E. "Discovery of Los de abajo". *Hispania* Febrero, 1935.
- 8.—*El descubrimiento de "Los de abajo" y En defensa de una obra y de una generación, de Francisco Monterde*. Imp. Universitaria. México. 1935.
- 9.—Gamboa de Camino, Berta. "The Novel of the Mexican Revolution," en *Renascent Mexico*. Covici-Friede. New York. 1935.
- 10.—Garrido, Dr. Luis. "Despedida al Dr. M. Azuela". *Universidad de México*. Órgano de la Universidad Nacional Autónoma de México. México Marzo de 1952.
- 11.—González, Manuel Pedro. *Trayectoria de la novela en México*. Ediciones Botas. México. 1949.
- 12.—Henry, Elizabeth. "Revolution as Mexican novelists see it." *Hispania*. Noviembre-diciembre, 1932. Vol XV.
- 13.—Jiménez Rueda, Julio, "El afeminamiento en la literatura mexicana." *El Universal*. 20 diciembre, 1924.

- 14.—Historia de la literatura mexicana. Botas. Tercera Edición México, 1942.
- 15.—“La moderna literatura mexicana.” *Nosotros*. 1921. Núm. 38.
- 16.—Luckey, Robt. E. “Mariano Azuela: 1873-1952”. *Books Abroad* University of Oklahoma Press. Vol 27. Núm. 4.
- 17.—Martínez Valadez, Manuel. “¿Existe una literatura mexicana moderna?” *El Universal Ilustrado*. 2 de abril, 1935.
- 18.—Mendoza Carrasco, Jorge. “Mariano Azuela y sus Estampas del Pueblo.” *Revista de Revistas*. 3 de julio, 1938.
- 19.—Monterde, Francisco. “¿Existe una literatura mexicana viril?” *El Universal*. 25 diciembre, 1924.
- 20.—“Críticos en receso y escritores desesperanzados.” *El Universal*. 13 enero, 1925.
- 21.—*En Defensa de una Obra y una Generación*. 1935. Imp. Universitaria.
- 22.—Moore, Ernest R. “The Novel of the Mexican Revolution.” *Mexican Life* julio, 1940. Vol. DVI.
- 23.—Morton, F. Rand. “*Las Novelistas de la Revolución Mexicana*. Editorial Cultural. México, 1949.
- 24.—Ortega, G. “Azuela dijo. . .” *El Universal Ilustrado*. 29 enero, 1945.
- 25.—Poag, G.M. “*The novels of Mariano Azuela*. Tesis de Maestro. University of Texas. 1932.
- 26.—Rentaro, Hashimoto. *La Trayectoria Literaria de Mariano Azuela*. Tesis. Escuela de Verano. Universidad Nacional Autónoma de México. México. 1953.
- 27.—Salado Alvarez, Victoriano. “Existe una literatura mexicana moderna?” *Excelsior*. 12 de enero, 1925.
- 28.—Stanton, E. R. *La novela de la revolución mexicana estudio relacionado con el movimiento literario y social*. Tesis de doctor. University of Southern California. 1943.
- 29.—Uribe-Echeverría, Juan. “La novela de la revolución mexicana y la novela hispanoamericana actual” *Anales de la Universidad de Chile*. 4 semestre de 1935. Vol. XCIII, Núm. 20.

- 30.—Villarrutia, Xavier. "Sobre la novela, el relato y el novelista Mariano Azuela." *La Voz Nueva*. Febrero-marzo. 1931. Vol.I. Núm. 46.
- 31.—Wheeler, Howard T. "*The Mexican Novel as a reflection of the national problems of México*. Tesis de doctor en filosofía. University of Stanford. 1934.

## BIBLIOGRAFIA DE LA VORAGINE

- 1.—Englekirk, John E. y Wade, Gerald E. *Bibliografía de la novela colombiana*. México. 1950.
- 2.—Ferrer, Javier Arango. *La literatura de Colombia*. Buenos Aires. 1940.
- 3.—Marinello, J. "Tres novelas ejemplares." *Sur*. VI, Núm. 16. 17-75. 1936.
- 4.—Latorre, Mariano. "Primera glosa sobre la novela americana". *Atenea*. Concepción, Chile. Tomo XXXIV. Núm. 131. Mayo de 1936. 154-167.
- 5.—Wade, Gerald E. "An Introduction to the Colombian Novel." *Hispania*. Vol. XXX Nov. 1947. No. 4. Pág. 467.

## OBRAS GENERALES

- 1.—Coester, Alfred, *The Literary History of Spanish America*. Segunda Edición. 1928. Macmillan Co. New York. 1945.
- 2.—Henríquez-Ureña, Pedro. *Literary Currents in Hispanic America*. Harvard University Press, Cambridge, Mass. 1945.
- 3.—González Peña, Carlos. *Historia de la Literatura Mexicana*. Tercera Edición. México, 1945. Edit. Porrúa, S. A.
- 4.—Grismer, Ray L. *Guide to the Literature of Spanish America*. New York. H. Wilson Co. 1939.
- 5.—Jarnes, Benjamín. *Enciclopedia de la Literatura*. Editorial Central. México. Tomo V.
- 6.—Spell, Jefferson Rea. *Contemporary Spanish-American Fiction*, Chapel Hill. The University of North Carolina Press, 1944.
- 7.—Torres-Rioseco, Arturo. *La novela en la América Hispana*. University of Calif. Publications in Modern Philology. Berkeley California, 1941.
- 8.—*La Gran Literatura Iberoamericana*. Buenos Aires. Emece Editores, S. A. 1951.
- 9.—*Grandes Novelistas de la América Hispana*. University of Calif. Press. Berkeley Cal. 1943.

## INDICE

Introducción.	
Trilogía de Novelas Hispanoamericanas .....	9
Doña Bárbara .....	12
La Vorágine .....	32
La Naturaleza .....	36
La Trama .....	38
La Explotación del Cauchero .....	43
Análisis de personajes .....	47
Elementos plásticos del idioma .....	51
El Prototipo de la Novela de la naturaleza .....	54
Los de Abajo .....	56
Análisis de la Novela .....	67
Tema de la Novela .....	73
Protagonistas .....	75
Conclusiones .....	79
Bibliografía de Doña Bárbara .....	81
Bibliografía de Los de Abajo .....	82
Bibliografía de La Vorágine .....	85
Obras generales .....	86



100071A



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR  
CENTRO DE ENSEÑANZA  
PARA EXTRANJEROS

**ESTE LIBRO  
NO SALE  
DE LA BIBLIOTECA**

**ESTE LIBRO  
NO SALE  
DE LA BIBLIOTECA**

XN55  
K4  
ej.2

**00304**